

# La Esfera

27 DIC 1914

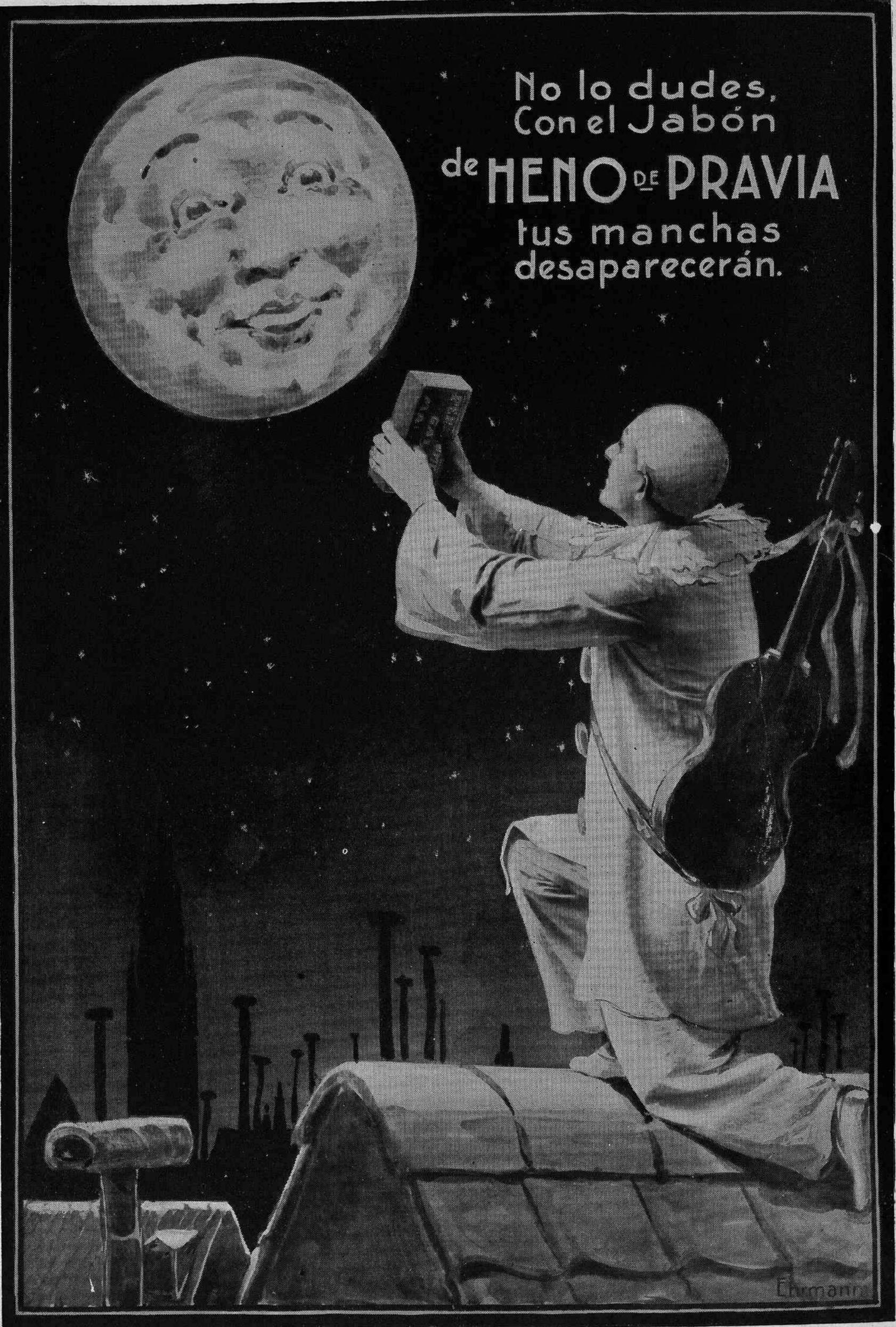


Año I \* Núm. 52

Precio: 50 cénts.



No lo dudes,  
Con el Jabón  
de **HENO DE PRAVIA**  
tus manchas  
desaparecerán.



Elman

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



**GENERAL VON BERNHARDI**

DIBUJO DE GANONAL

Cuyos escritos, con los de Treitschke y Nietzsche, han fomentado el imperialismo germánico, al que se atribuye la presente guerra

DE LA VIDA QUE PASA  
**LA POBRE VIDA DEL POETA**



ARTURO REYES

Ilustre poeta malagueño, que murió hace un año en pleno éxito

La pobre vida del poeta muerto está contada por su propio hijo en el prólogo *Del crepúsculo*, libro recién impreso, que algunos amigos generosos han costeadado. Es una vida de dolor y de miseria. Leo azoradamente estas poesías de Arturo Reyes, escritas en las postrimeras fiebres, mientras la Muerte le rondaba y me paecen más hermosas que los lozanos frutos de su ingenio nacidos cuando el poeta, en plena salud, lleno de optimismo y alegría, nos transmite la reidora sensación de los floridos jardines malagueños, la dorada playa del Palo, los verdes cañaverales, los viñedos ópimos y el Mediterráneo azul... Y, sin embargo, estas poesías amargas, en las que el desengaño y la resignación se funden en un solo sentimiento, no me interesan. Me interesa más la visión de aquel hombre agonizante, lleno de espíritu, que llama á la Muerte para que ponga término á los rigores del Destino:

«¡Morir, quiero morir, morir ansío!  
 ¡Oh, Muerte, ven, y tu crespón sombrío  
 ciñe por siempre á mi congoja fiera!»

La gran reparadora no tardó en llegar. Murió Arturo Reyes, y el matiz desconsolador de su agonía nos recuerda cómo murió Bécquer y cómo tantos otros, que no tuvieron bastantes energías en la voluntad para dejar de ser poetas. Paladeando estas amarguras espirituales, nosotros, los que hemos domado en el periodismo todo afán lírico y hemos coonestado la licitud de vivir de la Retórica aplicándola á los menesteres de nuestros conciudadanos, nos preguntamos si estas vidas precarias y estas muertes desoladoras no son el castigo que una sociedad utilitaria y positivista impone á la inutilidad de la Poesía. La Naturaleza sabrá por qué y con qué sustenta á las cigarras que alegran los rigores estivales, pero la Sociedad humana no ha llegado á percatarse de la necesidad del poeta lírico. Ni siquiera en un país de bajo nivel cultural como España, le pueden sostener á escote, los trescientos, cuatrocientos ó quinientos lectores capaces de sentir la divina emoción de una

ideal sutil, vestida con las alas de oro y púrpura del ritmo y la rima. No; en España sólo se puede vivir de las formas más bajas de la Retórica y la Poética: de la oratoria, del artículo político, del teatro cómico. Los cultivadores de otros géneros y especialmente de la poesía lírica han de tener rentas propias, como Campoamor, ó agenciarse una cesantía de ex ministro como Núñez de Arce ó encasillarse en un escalafón burocrático y llegar á jefe de Negociado de tercera como Salvador Rueda.

Y ahora más que antaño. Cada día se aleja más del pensamiento español la romántica pasión por la Belleza inútil, que no daba de comer á nuestros poetas pero que los honraba en una bohemia, que hoy parecería ridícula. Con Cánovas desaparece el estadista que admiraba sobre todas las cosas al forjador de un buen soneto; con la gentil Duquesa de Denia acaba aquella aristocracia que estimaba más en sus salones á Grilo, con no ser más que Grilo, que al heredero de sesenta abuelos bien templados.

Todavía, si el pensamiento español hubiese sacrificado al Poeta para poner sus amores y sus entusiasmos en el General, ansioso de resucitar la epopeya, ó en el Orador, que lo sugestionara con sus rimbombancias, ó en el Político que le señalara la visión en el horizonte de ideales trocados en grandezas materiales, podría disculparse la mudanza, pero el pensamiento español está dejando de estimar y de querer á todo lo que no sea la rampante y triunfadora Vulgaridad, que mantiene nuestros espíritus á ras de tierra.

Así veo yo morir á Arturo Reyes. Retratándole, dice de él su hijo: «Era muy crédulo para las cosas de bondad. Amaba lo luminoso, lo recto y lo sencillo. Al través de los cristales de su cuarto de trabajo, embebeciase en la contemplación de los claros verdores; dejaba mecer su espíritu en el ritmo de las canciones populares, y más amaba á su tierra mientras más su corazón, harto de sentir, casado de ímpetus, iba fatigándose lentamente.»

Muere así el Poeta en España. Conoció la Fama, saboreó el halago de los elogios en letra

de molde, mientras que sus libros no le producían dinero bastante para vivir. No rindió, sin embargo, su Arte á la necesidad y á la penuria, pero le entregó la vida. Un hombre de corazón, D. Miguel Ibern, enriquecido en esfuerzos de voluntad y de trabajo, enterado de aquellas tristezas por el llamamiento que hizo en *Mundo Gráfico* nuestro Paco Verdugo, acudió en auxilio del Poeta, no como un Mecenaz fastuoso, sino como un hermano, dispuesto á todo sacrificio. Así, descansando en el apoyo de este brazo fuerte y abnegado, Arturo Reyes continúa su labor, y mientras la muerte le acecha y le ronda, sigue cantando las quimeras deliciosas de la ingrata tierra andaluza, á la que más se ama cuando con más ahinco quiéramos ahuyentarla de nuestro cariño.

Ante el poeta agonizante, España sigue su camino. Se han interrumpido aquí, con el acabar trágico para nosotros del siglo XIX, todas las leyendas: la dorada de nuestra fuerza militar; la áurea de nuestra oratoria política; la bronceada de nuestro pueblo indomable... ¡Todas las leyendas que mantuvieron una artificiosa concepción de nuestra nacionalidad, todas menos la de la ruín vida á que deben someterse cuantos sean soñadores del Ideal, amantes de la Belleza, servidores de la Cultura, enaltecedores del Pensamiento!

Y si este dolorido lamentar mío, toca en el corazón á algunos patricios malagueños, recuerden que ha sido dejada en olvido la idea de alzar una estatua á Arturo Reyes en un jardín público de Málaga. Ya Sevilla ha pagado á Bécquer, gracias al esfuerzo de los admirados hermanos Quintero, la deuda *in memoriam* que le debía. Si Andalucía no honra á sus poetas, si Córdoba no recuerda á aquel humilde trovador tan andalúz llamado Enrique Redel, si Almería olvida al malogrado lírico Pepe Durbán, si Málaga no enaltece á Reyes, ¿con qué anhelo espiritual compensará esas vergüenzas de nuestra raza que no enseñan respeto más que para el cacique y admiración más que para el caballista y el torero?

DIONISIO PÉREZ

# JORGE V Y LOS HÉROES DE LA CAMPAÑA



EL REY DE INGLATERRA VISITANDO LA TUMBA DE LOS PRIMEROS SOLDADOS EXPEDICIONARIOS BRITANICOS MUERTOS EN LA CAMPAÑA DE FRANCIA

DIBUJO DE MATANIA

# PANORAMAS SUIZOS



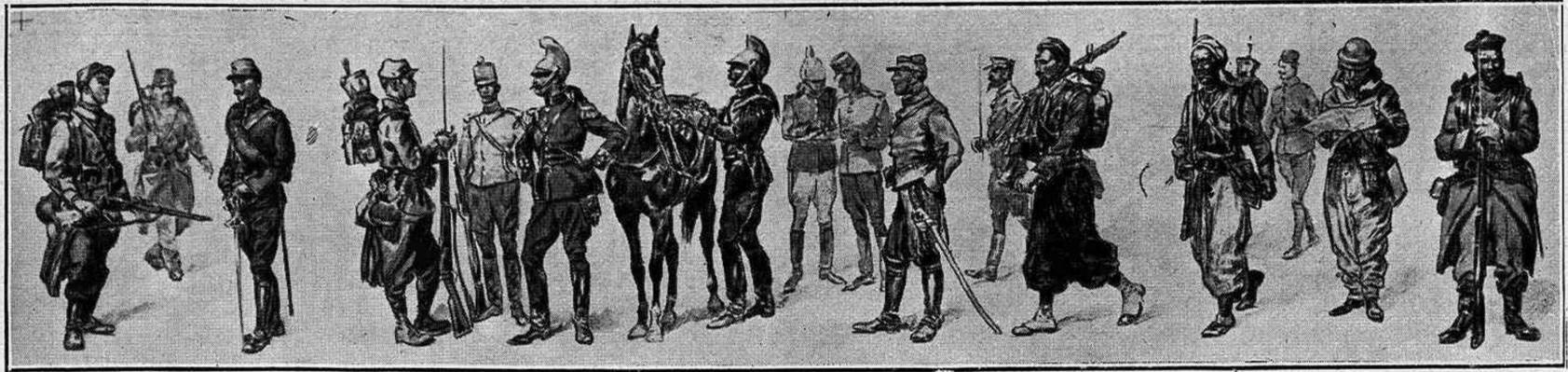
*Campana*

UN LAGO EN LOS ALPES

FOT. WEHRLI KILCHBERG

LOS EJÉRCITOS BELIGERANTES

UNIFORMES DE CAMPAÑA



Diversidad de uniformes del ejército francés

EN todos los tiempos fué aparejada á la importancia de los ejércitos la vistosa policromía de sus uniformes.

Cuando los grandes caballeros armaban sus huestes, hacían gala de riqueza en la vestimenta de sus mesnadas, y pueblos y reyes se apoyaron en idéntica vanidad al constituir los Estados sus ejércitos permanentes.

Los uniformes, con la táctica, se han subordinado siempre á los progresos del arte bélico y á medida que las armas se perfeccionan y que los útiles de destrucción se hacen más complicados, las marciales vestimentas pierden vistosidad, para ganar en sencillez.

Todos los ejércitos tienden á desterrar los colores brillantes de sus uniformes. Por atávica

sangrentado las cinco partes del mundo. En los adjuntos diseños, y sin el vivo colorido de sus variadas prendas, aparecen los uniformes diversos de algunos de los ejércitos beligerantes.

En Francia, un tiempo fastuosa y pulcra, en los victoriosos soldados del primer imperio, no logró su republicana piqueta borrar añejos alardes, si bien nó es el soldado francés modelo de elegancia, ni por el buen gusto de sus reglamentarios uniformes, ni por el corte y confección de los que usa, ni aun por la marcialidad con que los lleva.

De izquierda á derecha aparecen en el grabado un soldado de infantería de línea, otro de la reserva territorial, un oficial de infantería, cazadores á pie, cazadores de caballería, un dragón,

da de tela color verde y adornos de metal con escarapela nacional.

Los dragones y coraceros seguirían con el casco de metal durante la paz, para sustituirlo en campaña con el cubrecabezas terroso. Al correaje negro sustitufu el de color avellana y las vainas de los sables de oficial y las viseras de los quepis, habrían de ser el cuero de su color natural. En los uniformes belgas diseñados, aparecen soldados de infantería de línea, oficial de infantería de línea y de caballería, lancero, guía, soldado de artillería, cabo de cañón, carabineros, oficial sanitario y carabinero ciclista.

De los soldados á pie de la infortunada Bélgica, lo más típico es el hongo de sus cazadores. Alemania, preparada espléndidamente para la



Uniformes de oficiales y soldados belgas

tradición se conservan cuerpos que teniendo la misma misión táctica que otros, usan vestidos diferentes que los hacen aparecer con clasificación aparte.

Tienden todos los ejércitos, en sus uniformes de campaña, al tono gris verdoso que haga confundir los hombres con el terreno.

El fasto, el lujo, el metálico brillo de botones y alamares de oro y plata, los áureos bordados en coloreadas guerreras, los dolmanes blancos, como el armiño, contrastando con la viveza carmesí del calzón, quedarán sólo para paradas y desfiles en pueblos aficionados á las fiestas marciales; pero en los campos de maniobras, escuelas preparatorias de la guerra, y en ésta la sencillez proscibirá adornos y fantasías, como ya las ha proscrito en la dura campaña que ha en-

un clásico coracero, un soldado de la guardia republicana, un vistoso húsar, un oficial de artillería, un oficial de pintorescos zuavos, un zuavo, un soldado argelino, un aviador con uniforme de paseo y con uniforme de servicio, y un marino.

El general Dubail presidió hace tres años una comisión encargada de reformar los uniformes, modificando el de todas las armas y cuerpos con divisas y adornos para los oficiales, sólo visibles á distancias menores de cien metros; las insignias propuestas eran iguales á las de nuestra oficialidad.

Las tropas á pie se propuso que usaran blusa en vez de guerrera, capote, pantalón y gorro de cuartel, todo de color gris verdoso; el cubrecabezas había de ser un casco de corcho con fun-

lucha que sostiene, ha dotado rápidamente á sus ejércitos de uniformes de campaña de un color gris terroso, que los hace invisibles á distancia.

El orden de los diseños nos marca los uniformes en la era de paz de un oficial de línea, de un soldado de línea, de otro de la *lansturm*, de uno de cazadores, oficial de coraceros, oficial de Estado Mayor, hulano, infantería, oficial de dragones, granadero, húsar, oficial de artillería, aviador, oficial de Sanidad Militar y ciclista.

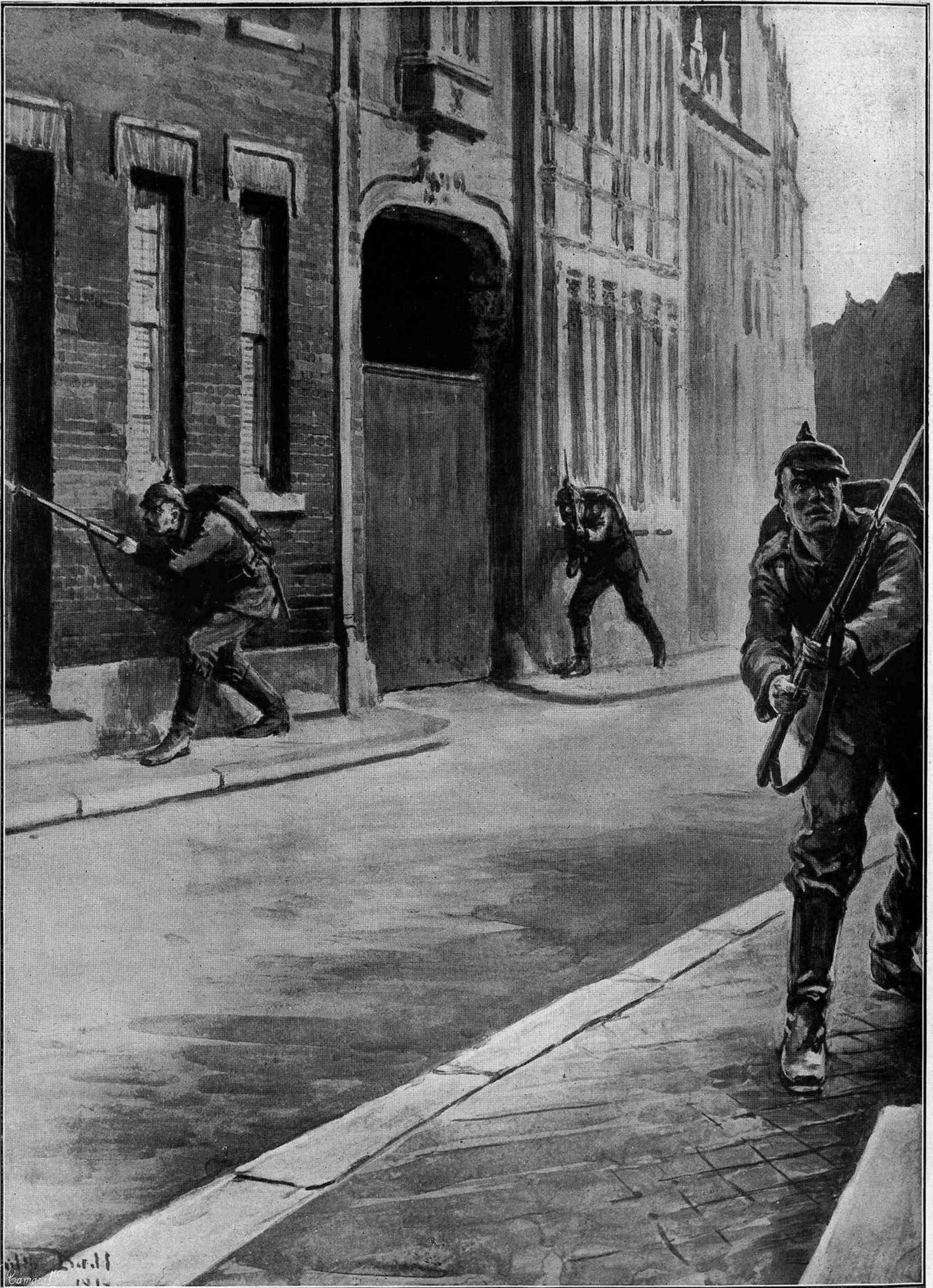
En esto como en todo, la diestra preparación y el perenne aprendizaje han estado de parte de este pueblo que sostiene con tenaz decisión dos formidables luchas en sus fronteras extremas.

CAPITÁN FONTIBRE



Trajes de campaña del ejército alemán

RECUERDOS DE LA CONQUISTA DE LIEJA



Entrada de las primeras tropas alemanas en Lieja, cuando á pesar de haberse rendido la ciudad, existía el temor en el Estado Mayor germánico de que estallase el motín popular contra la invasión

DISUJO DE PHILIP DADD

ARTISTAS ESPAÑOLES  
**MARCELIANO SANTA MARIA**


El ilustre pintor Marceliano Santa María en su estudio

FOT. CAMPÚA

**H**ay hombres privilegiados que prolongan en sí mismos toda la grandeza de su arte, y esta inadquirible fortuna les hace como admirables ejemplos para imitar, ó por lo menos para deleitarnos, con el bello espectáculo de su vida. Marceliano Santa María y Sedano, es uno de estos hombres privilegiados. Tan grato como la contemplación de sus cuadros, es dejar que el tiempo se deslice—en igual paz de rumor que los regatos azules de las lejanías de sus cuadros—oyéndole hablar. Idéntica sensación de sana fortaleza, de redentor idealismo, causan sus lienzos, que sus prosas y que sus palabras.

Marceliano Santa María y Sedano nació en Burgos el año 1866. Hoy, en plena madurez de su talento y muy sombreado de laureles su nombre, le brinca en las brillantes pupilas y le ríe entre las barbas negras que sutiles hilos de plata empiezan á surcar, aquella juvenil confianza en todas las cosas—que parecen dulces y dejan un áspero sabor de veneno: la gloria, la amistad, la justicia—de hace veintiocho años, cuando expuso un humilde y oscuro cuadrado que representaba unas monjas atizando una lámpara y del que, generosamente, se ocupara Fernández Bremón en *El Liberal*.

Santa María empezó á estudiar su arte en la

Academia del Consulado de Burgos, y luego, al venir á Madrid en 1885, entró en el estudio de Manuel Domínguez, y fué condiscípulo hasta 1889 de Chicharro, Sotomayor y López de Ayala.

En 1890 obtuvo tercera medalla en la Exposición Nacional y dos años después su cuadro *El Triunfo de la Santa Cruz*, pintado en Roma durante los años de su pensión, fué premiado con dos medallas. Desde entonces el nombre de Marceliano Santa María empieza á imponerse. Los triunfos se suceden sin interrupción. En 1895, medalla única en Chicago; en 1895, segunda medalla en Madrid por el lienzo titulado *A la Epístola*; 1898, su cuadro *El esquileo* es uno de los éxitos más sanos y resonantes del Salón de París; 1900, premio en la Exposición Universal de París y es nombrado auxiliar de la Escuela de Artes y Oficios; 1901, consideración y honores de primera medalla; 1905, nombrado auxiliar del Instituto de San Isidro y socio de honor del Círculo de Bellas Artes; 1906, segunda medalla en Arte Decorativo y propuesto para condecoración en Pintura; 1908, segunda medalla en Arte Decorativo y mayoría de votos para primera medalla en Pintura; 1910, primera medalla en Madrid—*Angélica y Medoro*—y una de cobre en la Internacional de Santiago de Chile; 1912, se le

nombra Académico de número de San Fernando. En la actualidad es Profesor de la asignatura «Concepto del Arte é historia de las Artes decorativas.»

Tal es la historia artística de Marceliano Santa María. Pero no parece sino que aún está en los comienzos, por el moceril entusiasmo y la sencilla alegría con que trabaja. Es uno de los primeros retratistas españoles y gana de seis á ocho mil duros anuales pintando retratos, en su mayoría femeninos, tan admirables como aquel de señora que figuró en la Nacional de 1912.

Pero lo más grato para él es pintar Castilla y sus hombres y sus leyendas; los llanos por donde cabalgaba el Cid, como en *Se va ensanchando Castilla* (1906); los momentos del romancero como el admirabilísimo lienzo *Las hijas del Cid* (1908); los bellos idealismos, como en *Angélica y Medoro* (1910).

Estos tres lienzos marcan el aspecto culminante del arte de Marceliano Santa María y, sobre todo los dos últimos, son acaso—y sin acaso también—lo más perfecto, lo más puro, lo que por más maravillosa manera funde la realidad y la espiritualidad en la pintura española contemporánea.

SILVIO LACO

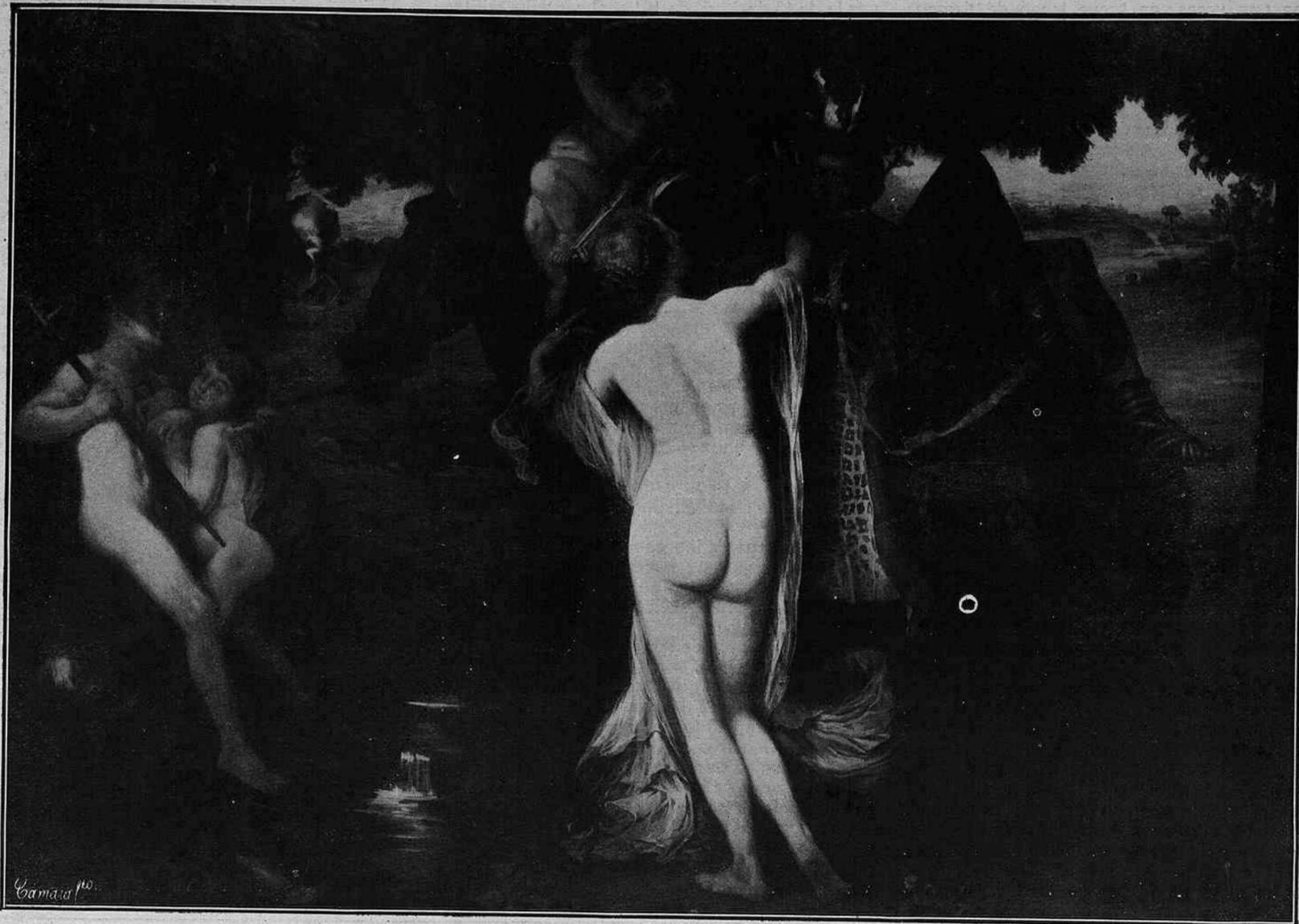
# PÁGINAS ARTÍSTICAS



**LA PASTORA**

Cuadro de Marceliano Santa María

## DOS CUADROS DE SANTA MARÍA



"Angélica y Medoro", lienzo de Marceliano Santa María, premiado con primera medalla en 1910

ENTRE los cuadros *El Triunfo de la Santa Cruz en la Batalla de las Navas de Tolosa* y *Angélica y Medoro* está compendiada la evolución artística del ilustre autor de *Las hijas del Cid*.

Dieciocho años median entre aquella segunda medalla de 1892 y esta primera medalla de 1910 que enriqueció el Museo del Arte Moderno con una obra admirabilísima y definitiva.

Pintado en Roma durante los años de su pensionado por la Diputación provincial de Burgos, este cuadro de gigantescas proporciones, de una audacia y arrogancia extraordinarias, representa el momento en que Alvar Núñez de Lara salta á caballo y agitando el cristiano pendón sobre la



"El Triunfo de la Santa Cruz en la Batalla de las Navas de Tolosa", cuadro de Marceliano Santa María, que obtuvo segunda medalla en la Exposición Internacional de 1892

muralla de carne humana que formaban los etíopes encadenados en torno del Rey verde.

Casi desconocido, en plena juventud—tenía veintiséis años—, conquistó una rápida popularidad, y los maestros, consagrados ya, adivinaron en él un rival temible.

Sin embargo, no había de ser aquella la definitiva orientación de Marceliano Santa María. Su espíritu se ha ido renovando, ha ido ennobliéndose hasta llegar á la depuradísima quinta esencia de ahora.

De esta última y reciente época de su vida y de su arte en que el idealismo y el realismo, la verdad y el ensueño se funden por prodigiosas armonías, es, en muestra acabada, el lienzo *Angélica y Medoro*.

## LA INCÓGNITA RUMANA

Por tres veces, en breve lapso de tiempo, llamó la guerra á las puertas rumanas y á francas y barrancas logró, con sutil astucia, el mejor organizado de los estados balcánicos contener el inminente riesgo y sortear el peligro inmediato.

Junto á sus fronteras dirimieron añejas discordias con lo otomanos, sus vecinos de península, que luego ensañaron su practicaje guerrero en mutuas rencillas, al repartir el botín de la victoria.

Rumanía adiestró á su ejército, preparó sus huestes y avizó nerviosa el momento de intervenir en la pelea, y en esta vigilancia perenne continúa; siempre presta á luchar, mas neutral siempre. Cuando sus hermanos de territorio acorralaron al turco y cuando, más tarde, se destrozaron con encono, Rumanía atisbó tranquila y sacó de la situación anómala del avispazo balcánico el mayor fruto posible. De nuevo hoy el conflicto balcánico arrastró la brutal contienda que ensangrienta al orbe, y Rumanía continúa dispuesta á lanzarse á la pelea, sin que deje traslucir el rumbo de sus intenciones, ni la orientación de sus inclinaciones.

Muerto el Rey Carlos, cuyo germanismo era conocido, su sucesor, hábil diplomático, según los cronistas, guardó misteriosamente la incógnita de su pueblo leal.

Si Rumanía se decide á romper su difícil neutralidad, su decisión pesará en la marcha de la contienda en la zona oriental; ya agregue sus fuerzas á los austro-germanos para combatir á serbios, montenegrinos y moscovitas, en unión de los otomanos, ya se sume á los aliados para invadir el flanco, la Galitzia austriaca y seguir por los desfiladeros de los Cárpatos, la ruta victoriosa de los umbríos valles de la Hungría.

Es Rumanía, monarquía constitucional, con una superficie de 131.353 kilómetros cuadrados, y una población de 6.966.002 habitantes.

Su presupuesto total, en época de normalidad, alcanzaba la cifra de 488.395.230 *by* (francos), y los gastos militares se elevaban á 69 millones y 278.668 francos.

Por ley de 29 de Marzo de 1908, modificada

por la de 15 de Abril de 1910, el servicio militar es obligatorio y personal para todo ciudadano rumano, en estado de manejar las armas, desde los veintiún años á los cuarenta y dos. Sin embargo, desde los diez y nueve años están los mozos á la disposición del Ministro de la Guerra, y deben tomar parte los domingos de Abril y Noviembre, en ejercicios de gimnasia y tiro.

A los veintiún años sufren un sorteo que los divide en dos porciones: la primera, se incorpora al ejército permanente, donde ha de permanecer siete años, si bien la observación del servicio activo varía según las armas: los hombres afectos á Infantería sólo permanecen dos años bajo las banderas y cinco en el complemento; los de Caballería, Artillería, ingenieros, gendarmería rural y guarda-fronteras, están tres años en activo y cuatro en el complemento.

La segunda porción, ó excedentes de contingente, constituye lo que se llama servicio alternativo ó semipermanente (*Cu Schimbu*). El primer año es llamado á filas por un período de instrucción de unos cien días, aproximadamente, y al año siguiente, y los sucesivos, por períodos de setenta días. Por los demás sus obligaciones marciales son las mismas que las de la otra porción.

Los alumnos de las escuelas medias y superiores no tienen que hacer más que un año de servicio. Los maestros no son llamados á filas, pero reciben la instrucción militar en las escuelas normales.

A la terminación de su tiempo de servicio en el ejército permanente, pasan los hombres á la reserva activa, en la que están diez años, y á los treinta y ocho años de edad pasan á la milicia, hasta que cumplen los cuarenta y dos.

El ejército activo y su reserva están destinados á formar el ejército de operaciones; la milicia se encarga de la defensa del territorio y de la vigilancia de las fronteras.

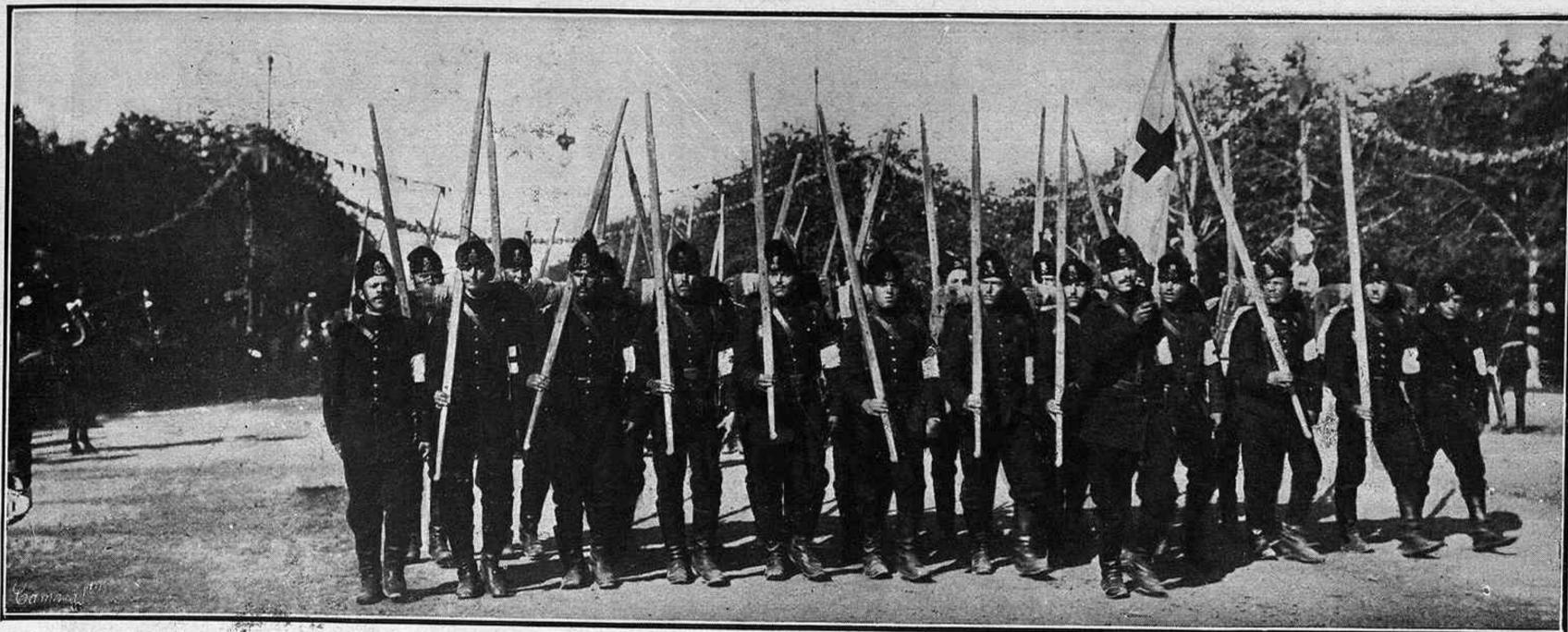
Los hombres pertenecientes al ejército activo y su reserva pueden ser convocados cada tres años, para períodos de instrucción de menos de veinte días.



Soldado de infantería



Artillería del ejército rumano



Una sección de camilleros

El Ministro de la Guerra, por Real decreto, puede llamar á filas á todos los comprendidos en las diversas situaciones, incluso en la milicia, siempre que la convocatoria no exceda de treinta días; para mayor plazo se precisa la autorización del Parlamento.

El promedio de los contingentes anuales es de 46.000 á 50.000 hombres.

Rumanía presenta en primera línea 250 mil hombres, bien equipados é instruidos, y 692 cañones.

La infantería tiene 36 regimientos de *clorobantzi* de á 3 batallones de á 4 compañías, uno en cuadro y otro en depósito, 9 batallones de cazadores de á 4 compañías, uno en cuadro, 12 compañías de guarda-fronteras (*graniceri*), 36 cuadros para batallones de reserva, lo que hace un total de 150 batallones. Con la movilización los 36 regimientos constan de 3 batallones en pie de guerra y uno de depósito; los batallones de ca-

zadores se desdoblan formando 9 regimientos de 2 batallones y además se constituyen 34 batallones de milicia. El fusil de la infantería rumana es el Mannlicher de 6,5 milímetros de calibre.

La caballería comprende 10 regimientos de *rossiori* (húsares rojos), 10 de *calarassi* (húsares negros) y un regimiento de escolta. Los *rossiori* forman 5 brigadas independientes, los *calarassi* dos de cuerpo de ejército; aquéllos están armados de lanza, sable y revólver; éstos de sable y carabina Mannlicher de 6,5; los *rossiori* tienen, por regimiento, una sección de ametralladoras Maxim.

La artillería de campaña tiene 18 regimientos agrupados en 9 brigadas; 7 de estos regimientos tienen 5 baterías de cañones y una de obuses; el resto 5 de cañones y una en cuadro. Hay, además, un grupo de 4 baterías á caballo; en total, 108 baterías de 4 piezas Krupp de tiro rápido, de

75 milímetros. Los obuses son de 12 centímetros también modelo Krupp.

La artillería de fortaleza se compone de 2 regimientos: el primero de 8 y el segundo de 11 compañías, en 2 batallones.

Las tropas técnicas comprenden: 5 batallones de zapadores de á 4 compañías, de ellas la cuarta de telegrafistas, un batallón de ingenieros de fortaleza, otro de pontoneros, otro de ferrocarriles, una sección de aerosteros, un grupo de automovilistas y otro de palomeros. El tren consta de 5 escuadrones.

El ejército rumano está repartido en 5 cuerpos de ejército cuyos cuarteles generales están, respectivamente, en Craiova, Bukarest, Galatz, Tassy y Constanza.

Tal es la fuerza de que dispone Rumanía para el momento, quizá cercano, en que tenga que despejar la incógnita misteriosa de su intervención en la actual contienda.—MARCIAL



Un convoy del ejército rumano



CUENTOS ESPAÑOLES

## Los últimos toques

Siguó el rápido. Supe que *Les Lauriers* distaba un kilómetro y tomé una victoria verde con jaca color de pan. Dos norteamericanas partieron delante en un *gui*; dos recién casados, en un side-car, que entre los estampidos de su motor nos adelantó inmediatamente. En cambio, yo adelanté á las norteamericanas, cruzando el efluvio de hammamelis y de chipre de sus cigarrillos y sus tules; y por la amplia carretera bordeada de chalets, de jardines, de cables de la luz y del teléfono, empecé á encontrarme eléctricos tranvías, bicicletas, y más motos y más autos. Relámpagos. Trepidaciones ó visiones velocísimas de ruedas y metal. Iba anocheciendo. Una pequeñita conducía tres vacas. La arboleda jalonábase de faros verdes, rojos; y sobre la alabrada de un enorme anuncio (*Chocolat Menier*) lanzado contra el crepúsculo violeta, pasó, bajo y tembloroso, un aeroplano.

*Les Lauriers*. Perfectamente. Pagué. Se fué la victoria. Al llamar, un aviso en la cancela me detuvo:—«*Attention, il-y-a un chien dangereux*»—¡Ah, reconocí en ésto el alma amable de Gastón!...; más aun que en su silueta un poco ancha, cuando al poco apareció tras de las frondas, con el perro. Muy cambiado, en veinte años sin vernos, desde aquel vergel horrible de Guinea: de esbelto joven, hase convertido en un señor rotundo; le destella en los ojos la ventura y en la mano izquierda un brillante.

Me esperaba; ha salido al sentir el coche; nos hemos abrazado. Me conduce por el parque y me presenta en el porche á su familia: la mujer, vienesa guapa, dos hijas deliciosas y un hijo que parece un principillo. Servido el te, lo tomamos en doradas porcelanas. Nos rodean hortensias y glicinas. Sobre la balastrada de tono de marfil, dos voltaicos focos le dan verdor intenso á los laureles contra el cielo; y diríase una fina figura de abanico la doncella, al subir y bajar la escalinata.

Nunca he visto un cuadro de paz instalado tan honesta y bellamente. La dama me pregunta por su otro hijo, el mayor, casado ya y director en Madrid de una industria. Las jóvenes infórmanse de cosas de Toledo, de Sevilla, de mantillas y de toros. Una va también á casarse; tiene novio. Llega el novio, discretísimo arquitecto, é interésase asimismo por los toros y las majas; no sin íntimo rubor, les noto la curiosidad piadosa hacia lo brutalmente pintoresco; opóngoles, naturalmente, los apaches, la *Casque d'Or* y los boxos de Carpentier... y, aunque siempre entre sonrisas, no aceptan de buen grado la paridad de estas tachas que extiende á la civilización en general.

Sin embargo, trátase de gentes de exquisita educación, al fin, en quienes pronto se disimulan ó se borran los prejuicios. A mi vez rectifico alguno sobre ellos: ni todas las vienesas son alegres, según fama del vals y de Viena, ni todas las francesitas procaces *demi-vierges*, según fama del *Journal*, de Prevost y de París. Exhala plena dignidad el hogar formado por mi amigo con más noblezas de los campos, sin duda, que inquietudes ciudadanas; sus hijas y su mujer

irradian ese tranquilo fulgor de pureza franca que no engaña en las puras de verdad. La existencia los acoge como un lago eterno de dulzura.

Grato es vivir, ciertamente, cuando la vida permite irse creando un pequeño paraíso para extinguirse en amores. Tal el caso de mi amigo. En sensación venturosa por haber podido trabajar en un ambiente culto, favorable, propicio á la fundación moral y maternal de una familia, no la cambiaría por la de un rey. Apenas se lo indico así, evocándole la época en que estábamos los dos en la Guinea de humildes principiantes de ingeniero, su orgullo noble le hace levantarse y enseñarme la vivienda.

La recorremos. Su mujer nos acompaña. Encantadoramente niños, me van mostrando cada rincón, cada mueble, como algo personal, por ellos propios creado ó dirigido. Nada fastuoso; mas sí todo bello, elegante, de armónica sencillez. El despacho es un prodigio de amplitud y de comodidad calculada: entre caricias de cortinas hay un diván para leer á la luz de un ventanal, que aún transparenta rosas del crepúsculo, y estantes con libros á la mano; hay una especie de diáfano templete, orientado al Norte, para la mesa de labor, atestada de vitelas, de dibujos, de compases. El *hall* tiene billar, y junto al piano una cítara, un arpa y un violín; los cuadros son retratos familiares, hechos «por papá», ó pintados «por mamá»...; y yo imagino las mañanas de estudio y de trabajo, las tardes entre flores y las veladas entre música, de esta familia Talvi, en que todos son artistas. El comedor se ensancha en policromas vidrieras que escalan hacia fuera las madreselvas del jardín... Sonríe mi amigo porque la dama me lleva á un dormitorio, el de ellos, y luego, al de las hijas, oliente á la colonia del baño todavía...—«Pero ¡mujer!»—sigue él sonriendo y como pidiéndome disculpa, encantado sin embargo, cuando su mujer, hechiceramente infantil, me entretiene haciéndome notar las menudas cosas de remate, los encajes hechos por las hijas, los faroles japoneses...; y como después me dirige á la cocina, las sonrisas y los amorosos reproches del esposo llegan al colmo, al advertirme positivamente embelesado ante los filtros y las perchas rotuladas, de los paños y los botes del azúcar, de la sal y del café.

Mas, ¡oh!, á todo llega su compensación, y he aquí que al cabo de una hora es madama quien sonrío porque arrástrame el marido á un cuarto de misterio. Se ha iluminado de rojo, á la vuelta de una llave, y otra de una bombilla blanca lo acaba de alumbrar: estamos en la fotografía, chifladura de mi antiguo camarada, por lo visto; un gran aparato de proyecciones, belga, llama lo primero mi atención; pónese el chiflado á explicarme cómo amplía las negativas; sale la señora, al objeto de ir disponiendo la mesa en la terraza, y seguro de que el locuaz fotógrafo me tiene para rato; efectivamente, vimos en los estereoscopos verdaderas maravillas de retratos y paisajes en colores; venían las máquinas, después; once nada menos; una Ica, con objetivos Tessar Zeiss 4:5; otra Anchutz, con lentes Göerz,

alemanes; dos verás-copos y un glifóscopo, Richard; otra teleóptica...; a continuación vienen los fotómetros Deguen, los magníficos papeles sensibles Wellington y Bamil, de Londres, las prodigiosas placas cromáticas Lumiere, francesas... el metol, la hidroquinona, el bicromato, de famosas fábricas austriacas é italianas... Noto en todo ello un cosmopolitismo singular, tal que lo he notado en los estilos de los muebles y la casa, y tal que antes lo advertí entre los viajeros del rápido...; y ya, por último, en el despacho nuevamente, fumando y departiendo acerca de mi observación, mi amigo proclamase á su vez, aunque patriota, gran cosmopolita: salvo para recordarlas siempre de un modo predilecto, como á buenas madres, las patrias están hoy fundidas por una fraternidad mundial en la gran familia de amor humano del Progreso: así es vienesa la madre de los hijos de mi amigo, y así son de todas partes, sus cosas y sus gustos. A juicio suyo, ni Francia es Francia, ni Inglaterra es Inglaterra, ni Italia es Italia. Nada es nada y todo es todo; París y Londres y Bruselas y Berlín, son cosmopolitas, centros de la vida, donde una inmensidad de extranjeros comparan las actividades de la industria, lo mismo que la bella paz de estos retiros provincianos pertenece por igual á las gentes del país y á los extranjeros ricos y aristócratas que aquí construyen sus hoteles, sus parques, sus castillos... ¡Ah, confieso que, escuchándole y recordando también, mi gallega casita, modelo inglés, mis libros rusos y franceses, mi música italiana, el alemán que la *Fräulein* enseñale á mis hijas... y los hoteles de españoles que he visto en San Juan de Luz y Biarritz y los hoteles de ingleses y alemanes que he visto en Vigo, en Algeciras, en Málaga, en Granada y en Canarias... mi alma un poco atormentada de español dilátase en mi alma de europeo!... Y Gastón, mi buen amigo, no sé si adivinándome, ó porque desde su hondo bienestar de hombre civilizado entre civilizados, evoque directamente nuestros rudos tiempos del Africa, me dice—tumbado atrás y lanzando al aire el humo azul de su cigarrillo:

—¿Te acuerdas de nuestros *chalets* de Saint Finat?... ¡Horror! Quisimos construirlos, nos pusimos á la obra, trabajamos como negros, empezamos á adornarlos, como artistas de los bosques, nos enamoramos de unas negras... y, cuando sólo los últimos toques nos faltaban, surgió aquel infierno suelto de los salvajes de Maschuá que nos lo arrasaron todo, que nos quemaron todo, que por poco más no nos asan á nosotros mismos y nos comen. Pobres negras. Flor María le llamabas á tu Dulcinea... ¡las atropellaron! ¡las cortaron la nariz y las orejas!

Fuma Gastón, y continúa—con la indulgencia de hombre formal, «fundamental», á nuestra lejana ligereza juvenil:

—En fin de cuentas, mejor. De haber prosperado el intento, quizás nos hubiésemos llegado

á acimatar de Adanes de la selva, hubiésemos paradisiacamente constituido una familia de color, y á estas horas tendríamos á la prole en las palmeras compitiendo con los monos. El tiempo y la experiencia vinieron á enseñarnos, por suerte, que, una digna y sólida felicidad no puede cimentarse sin las garantías de la cultura: en la mujer para la educación de los hijos, en la sociedad para fiar nuestros respetos. ¡Qué diferentes ¿verdad? Europa y Africa, y este hotel y el tuyo de Galicia á los que con palmas y lianas quisimos para siempre edificarnos!.. Yo, como supongo que tú, estoy á punto de ver completamente realizado el modesto ensueño de mi vida. Con mil fatigas mi trabajo ha ido proporcionándome este descanso, y lo bendigo. Un nido para gozar del cariño de los míos entre las flores, un cielo de ternura por sus almas, un caudal de ilustración para que sepan valerse igualmente á sí mismos, y un pequeño capital de previsión contra cualquiera contingencia. No fui ambicioso nunca. Haberle dado á la vida nuevos seres afables y buenos entre sí y útiles á los demás, creo que es bastante. Diez y ocho años, Octavio, todavía, y hubiese de quedarme satisfecho: lo preciso para que mis hijas se casen, para que mi pequeño termine la carrera, para redondearles con algunos miles de francos más el pequeño ahorro, y para ver si puede sobrar un poco aun y comprarme un automóvil. ¡Sí, sí... perdóname éste único rasgo vanidoso y comodón!... ¡lo necesitan la puntualidad de mis asuntos y la comodidad de mi familia!..

Fuma el hombre feliz, otra vez, volviendo á tumbarse en la butaca, y termina:

—Es lo que me falta; son los últimos toques, como vez. Afortunadamente, y salvo que Dios disponga de mis días, estamos en Europa, en nuestra Europa, ¡y no hay salvajes que puedan estorbarlos!

Nos llaman á cenar. La mesa está primorosamente puesta con guirnaldas; el cielo tiene una mimosa eternidad de maravilla, y sobre los maticos de las frondas perfumadas, Europa, Europa, la dulce Europa, se adivina bien como un Olimpo de eléctricos destellos, de timbres de t:anvías, de tonos y bocinas de automóviles...

Al día siguiente recorro el parque muy temprano; la vienesa nos va mostrando los perros, los faisanes, los conejos, las gallinas; Marta y Berta, las flores... ¡Las flores, ellas, más que ninguna delicadas de pureza y de beldad!.. Me ofrecen rosas y cogen mariposas... Por la tarde emprendemos una excursión á la montaña, y Gastón nos saca grupos y retratos. Por la noche, música en el hall... y en suma, que vine por veinticuatro horas á este paraíso y hasta la semana justa no reanudo mi viaje hacia Bruselas y Berlín. Parto encantado y triste de dejarlo. ¡Gracias á que toda Europa es paraíso!

ooo

Mes y medio después vuelvo á detenerme de manera harto distinta, en casa de mi amigo. Ha ocurrido una cosa absurda y espantosa: ha estallado la guerra. La Europa de paraíso que yo crucé y que ahora torno á cruzar como puedo, no es ya más que un infortunio de lágrimas, de muerte y de fusiles; el europeo dichoso que yo era, no es desde hace tres semanas más que un sospechoso extranjero en fuga, preso dos veces como espía, sin dinero, echado de todas partes y sin poder llegar á ninguna por que las balas lo impiden. Para los que no son soldados, los trenes han dejado de servir. He pasado en ellos bajo el bombardeo de la metralla y desde ellos he visto algunas noches incendios de ciudades. Como en todo lo demás, en mi alma están el estupor y la locura. Cerca de la casa de Gastón y arrojado ayer de otro tren que necesitaron las tropas, á ella me acojo como refugio.

Y... ¡oh, la casa, la linda villa nueva, el

edén riente de Gastón! Lloro y sufre todo el mundo y me reciben y me amparan con su amor de dolorosos. El hijo mayor, que encontrábase en Madrid para incorporarse á un regimiento, ha tenido que ganar la frontera, dejando sola á su mujer en tierra extraña; el novio de Marta, es también soldado y no saben dónde está. Inútilmente quiere esta familia animarse y hacer su vida habitual... ¡Son lágrimas, lágrimas las que riegan las flores del jardín!

Cruzan heridos, por la carretera que antes llenaba la alegría. Cruzan estrépitos de caballos y de arzones. Un palacete de un austriaco y otro de un alemán, acusados éstos como espías, han sido asaltados por la irritada multitud, sin respeto á las señoras ni los niños, que al fin pudieron marcharse, abandonando sus haciendas en el éxodo cruel de sus demás compatriotas. Menos mal que Gastón ha conseguido que la policía contenga la locura de las gentes contra su mujer, como vienesa.

Casi enfrente de *Les Lauriers*, tres chalets fueron destruidos anteanoche por las bombas de un biplano. Estamos en la azotea, armados de carabinas y anteojos, vigilando la arribada de otros pájaros siniestros. Gastón, señalándome con patriótica indignación las ruinas de sus vecinos, mira sin querer la plácida belleza de su villa y de su parque, y tratando de ocultársela á su hijo de quince años, cede á una explosión de llanto por estas cosas suyas, que representan el esfuerzo de su vida entera y que un solo siniestro instante puede destruir.

Por las noches, en el silencio lúgubre, oímos los estampidos del cañón. Estamos cerca, estamos como en el foco mismo de una desesperada batalla, y ni hay periódicos, ni partes, ni más noticias que las de esperanza ó desaliento alternativos á que nos induce el paso de prisioneros ó de heridos por delante de la verja. Pero al tercer día son tantos los heridos, que está llena la ciudad y empiezan á enviarse á las fincas circundantes: en *Les Lauriers* se han recibido tres, y se habilitan camas para quince. Menos mal que estos lúgubres cuidados distraen de su propia angustia á las señoras. Las rosas del jardín se van secando. Los pájaros no cantan. Y yo, viendo á Berta y Marta frecuentemente abrazadas y llorando, cerca del arpa y del piano y del violín que están mudos, evoco la pena de mi mujer y de mis hijos al no saber nada del viajero sorprendido entre la guerra por la guerra, y no sé tampoco cuándo podré escribirles ó partir.

Una madrugada, despiertos por detonación de aeroplano, subimos á la azotea y oímos y vemos el fragor y el humo de la fusilería á menos de un kilómetro. Dura todo el día. Se dice por la tarde que las tropas no resistirán la numérica superioridad del enemigo, y al anochecer... ¡qué horrible! ¡qué inesperadas y crueles urgencias de la guerra!, nos envían la orden militar de desalojar la villa en quince horas. Estas y todas las demás, van á ser voladas con dinamita, y los parques talados: lo exige el inminente bombardeo de la ciudad y la necesidad de privar á los asaltantes de defensas exteriores...

He visto palidecer á mi amigo como un muerto. Le he visto reponerse de la trágica impresión... y tal que un hombre con el alma rota, fir-

ma el recibido de la orden y va á tratar de engañar á su familia.

Quince horas. Quince horas de una insensata actividad, igual que la del salvamento de un incendio ó de un naufragio. Hay cosas que no se pueden librar y se abandonan. Escasean los coches, los carros, los medios de transporte; la bella carretera es, pues, un camino de calvario en que las mismas damas elegantes, á pie, desgredadas y con la locura en los ojos, transportan los objetos más queridos. Nunca olvidaré esta siniestra procesión de adiós á tantas ilusiones.

Y la bondad de mis amigos, me confiere con ellos en casa de una ex-sirvienta suya, compasiva. Empiezan en la proximidad las explosiones. Duran mucho tiempo. Veo á Gastón taparse los oídos, como para no escuchar aquellas que ha de levantar por alto *Les Lauriers*...

Dos días después, empieza el bombardeo de la ciudad. Al tercero, va á rendirse. Las bombas han hundido la Catedral, el Ayuntamiento y el Parque de municiones. La guarnición se pone en salvo y la prefectura ofrece proteger la partida de cuantos no quieran presenciar la ocupación. Sin embargo, Gastón, como otros muchos, le teme á una enigmática emigración de su familia y él y yo presenciamos la nueva tristísima partida de las gentes...

La caballería vencedora aparece tras los últimos que salen; detrás, diez mil, quince mil hombres, el grueso del ejército. Cobra la ciudad una extraña animación. Mientras unos preparan el rancho por las calles y las plazas, otros procuran alojamiento en las iglesias y otros se apoderan del dinero de los Bancos. La caja donde tenía mi amigo su capital, ha sido saqueada; él me lo dice, á las cinco de la tarde: era la de un banquero particular á quien, por resistirse, han matado de un balazo...

—«¡Mi ruina, Octavio, mi ruina!... ¡Los hijos hace dos semanas, antes de ayer el hotel, hoy el dinero!... ¡No me queda más que el amor de mi familia!... ¡Qué horrible! ¡Qué horrible!»

Y lo más heladamente horrible es que no hay modo de echarse á la calle para estrangular á los ladrones.

Pero... ¡no!..., lo más heladamente horrible, lo más horriblemente cruel, todavía, es que á las cinco de la tarde, cuando la salida de la mayor parte del ejército invasor hacíanos concebir la esperanza de que se fuese todo entero, los jefes de los que quedan vienen á prendernos. Los hombres, todos los hombres de la ciudad, somos llevados á un fuerte... Y de nadie ni de nada vuelvo á saber más.

Es decir, de nada habría vuelto á saber más, si á las setenta horas de prisión y al cuarto interrogatorio, mi calidad de español no me hubiese puesto en libertad. En la fonda donde el cónsul me instaló, empecé á recibir noticias espantosas de aquellos días de cautiverio. Se había fusilado á muchos. Se habían saqueado las lonjas y comercios. Se obligaba á los niños de ocho á quince años á trabajar en las trincheras y se los ponía delante cuando el enemigo disparaba.

Salí y fui á casa de la ex sirvienta de mi amigo. Ella, anciana de setenta años, había sido golpeada y temblaba. De la familia de Gastón,

no quedaban más que la mujer y una hija; odiosamente maltratadas y llenas de arañazos; en cuanto á otra hija, Marta, más fuerte ó más heroica, en la primera noche había sido estrangulada por un soldado ebrio.

¿Qué es de Gastón?

Si vive... ¡Oh, qué estará pensando del civilizado edén de nuestra Europa!

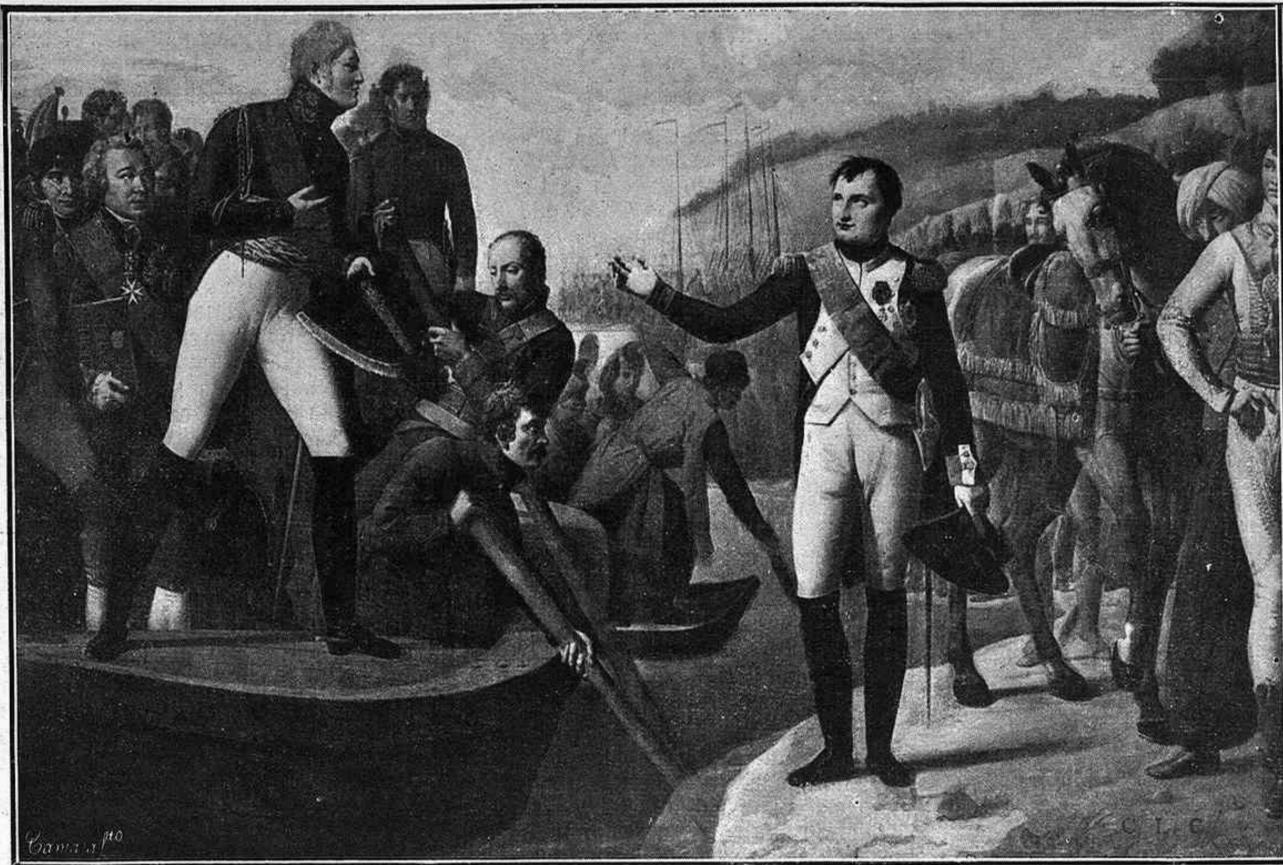
Los últimos toques á su obra y á su vida, á su dinero, á su honor, á sus amores, á su ensueño de trabajo, á cuanto constituía el bien de un hombre honrado y noble, se los ha dado la guerra, cien veces más cruel que los salvajes de Maschuá...

FELIPE TRIGO

DIBUJOS DE HUERTAS



# LA CAMPAÑA DE RUSIA



Reconciliación de Napoleón y de Alejandro I de Rusia, después del tratado de Tilsit

## 1814-1914

**P**AZ lograron los pueblos tras largos años de guerrear. El tratado de Tilsit, firmado en 1807 por Napoleón, Federico Guillermo III de Prusia y Alejandro I, Emperador de Rusia, puso término á la sangrienta campaña que desoló á Prusia; reino del que se vió disgregado y desposeido el Monarca de algunos de sus más ricos dominios. Fueron desastrosos para el prestigio prusiano los efectos de las tremendas derrotas de Eylau y Friedland.

Vióse al Rey y á su augusta esposa implorar clemencia del poderoso Corso y solicitar un Tratado de Paz que le humillaba y reducía á su país á nación de segundo orden en la política europea. Por el célebre Tratado se creaba el nuevo Reino de Westfalia, cuyo trono iba á ocupar un deudo de Napoleón. Prusia quedaba convertida en país sometido y gran parte de su suelo ocupado por 150.000 hombres del ejército imperial. Rusia, en cambio, merced á su posición geográfica, encontraba siempre puerto seguro en las regiones glaciales de su inmenso territorio.

Sus recursos colosales compensaban los efectos de los reveses sufridos en las batallas de Austerlitz y Friedland. Por entonces se constituía el Gran Ducado de Varsovia con la anexión de gran parte del antiguo Reino de Polonia, confiándosele el gobierno á uno de los generales adictos al Emperador.

Había llegado Napoleón al cénit de su gloria. No era sólo Emperador, era más, era el Rey de Reyes.

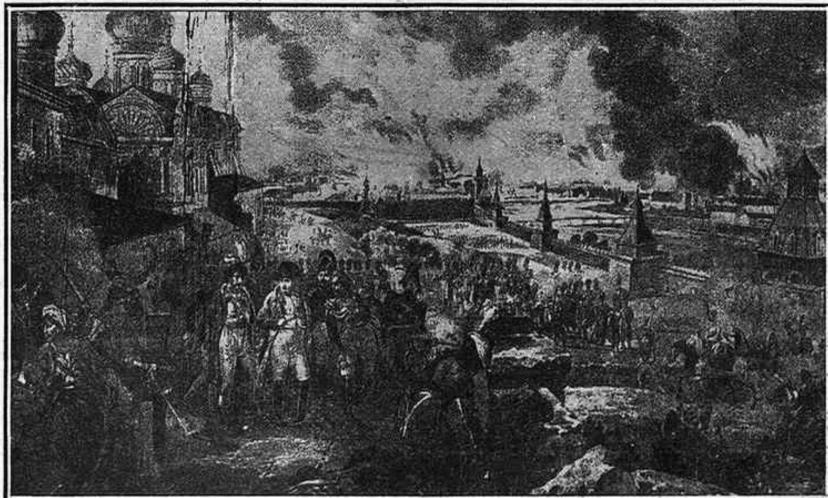
Quien empezara siendo el invencible campeón de la libertad, luego el destructor de las teorías jacobinas y paladín del orden, llegó á ser nuevo Constantino y restaurador de la Iglesia y sucesivamente pacificador del mundo y fundador de una nueva dinastía en Francia.

En 1807, lograba colocarse á la cabeza de una formidable Confederación europea. En los años 1800 á 1805, como primer Cónsul ó con otro título, Bonaparte era el supremo poder en Francia, como lo era en Bélgica, en la orilla izquierda del Rhin, en Saboya, en Niza y gobernaba

efectivamente, aunque sin ostentar autoridad, Suiza, Holanda y el Norte de Italia.

El título de Emperador significaba en 1804 poco más que supremo jefe militar. Pero después de Tilsit, logró afianzar su influencia y adquirió la palabra *Imperator* su significado medioeval de predominio de una confederación de príncipes. Inauguró este sistema cuando, durante el Consulado, se creara el Reino de Etruria en provecho de su aliado, el Rey de España, Fernando VII; continuó con la formación del Reino de Italia en 1805, cuya corona ciñó él, confiando á su cuñado Eugenio Beauharnais el virreinato.

Más tarde, en 1807, gran parte de Alemania hallase en análoga condición á Italia. En ésta, José Bonaparte, el hermano mayor de Napoleón, acepta la corona de Nápoles, vacante por la expulsión de los Borbones; Luis Bonaparte es proclamado Rey de Holanda y Jerónimo, el hermano menor, recibe después de Tilsit un Reino en el Norte de Alemania, compuesto de territorios to-



Napoleón presenciando el incendio de Moscú, la capital sagrada de los rusos



La retirada de Moscú, en medio de horroroso temporal de nieve y frío



**PEDRO EL GRANDE, DE RUSIA**  
Fundador de la dinastía que viene rigiendo los destinos del Imperio



**NAPOLEÓN EN LA RETIRADA DE RUSIA**  
Célebre cuadro de Meissonier, que se conserva en el Museo del Louvre, de París y una de las obras más notables de dicho pintor



**JOSÉ BONAPARTE**  
Hermano mayor de Napoleón, nombrado Rey de Nápoles y luego Rey de España

mados á Prusia, de Hannover y del Electorado de Hesse y Cassel.

Algún tiempo antes, Murat, esposo de la más ambiciosa de las hermanas de Napoleón, de Carolina Bonaparte, recibía el Gran Ducado de Berg. Los príncipes de rancio abolengo contraen lazos de familia con los parientes de Napoleón, y así vemos á una princesa de Baviera desposarse con Eugenio Beauharnais y á Jerónimo Bonaparte asociar su nombre plebeyo al de una princesa de Wurtemberg.

Así emparentado Napoleón, era árbitro de Europa; sólo Rusia é Inglaterra atrevíanse á desafiarle con alguna probabilidad de éxito. España sufrió el azote de la guerra y el paso de las tropas imperiales. Su acendrado patriotismo contribuyó no poco á mermar el vano prestigio de aquellas tropas mercenarias.

Realizó el Emperador la aventura de España con el consentimiento de Rusia, como contó con la ayuda de Alejandro I para la humillación de Austria. Realizadas estas hazañas, volvió sus armas contra la que había presentado asentimiento á sus empresas y por la derrota de Borodino, infligida á las armas rusas, dió comienzo la más terrible de sus expediciones guerreras. Esta batalla, la mayor después de Leipzig de todas las batallas napoleónicas, fué seguida por la ocupación de Moscú, la ciudad sagrada de los rusos, por las armas imperiales. A la noche siguiente de la rendición de la ciudad, estalló voracísimo incendio

que redujo á cenizas casi la totalidad del *Kremlin*, el palacio de los zares y los grandes mercados, centros de abastecimiento de las apartadas regiones del Imperio moscovita.

Creyóse que el incendio había sido obra destructora del espíritu vengativo del fiero Corso;

pero más tarde se supo que fué debido á la maquiavélica instigación del Gobernador ruso de Moscú, Rostopchin, que al mismo tiempo hacía circular la sospecha de una participación en el vandálico hecho por parte de los franceses. Levantóse el espíritu popular y, como consecuencia,

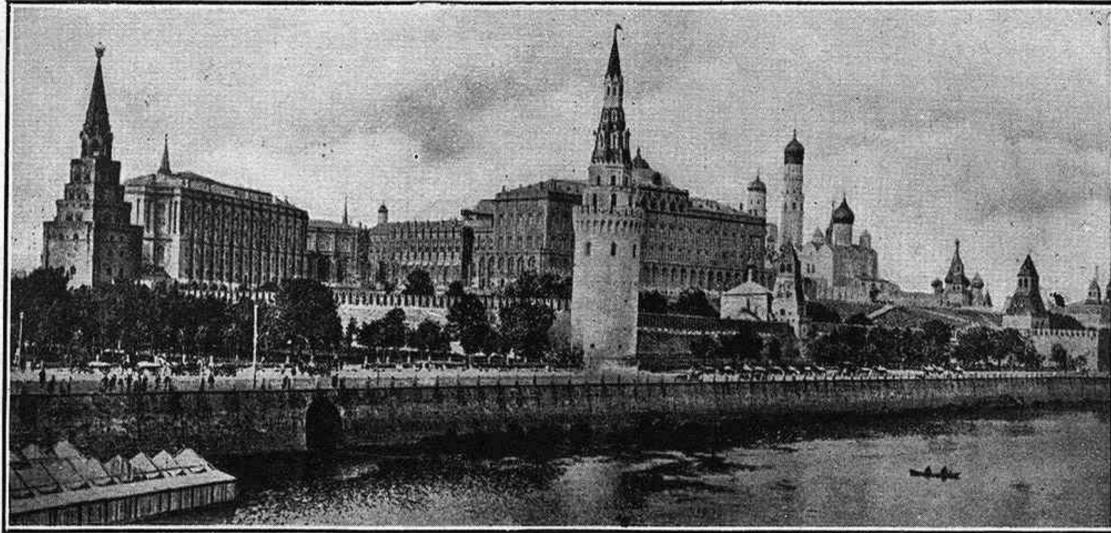
se acrecentaron las dificultades en la realización del vasto plan napoleónico.

Difícil era la sumisión de Alejandro en el país de las regiones nevadas, de las glaciales estepas y en vano esperó Napoleón que aquel iniciara las negociaciones para una paz honrosa y duradera. Avanzaba el invierno con todos sus rigores y rudas penalidades y el ejército imperial veíase diezmado por las epidemias y el frío. La retirada se imponía.

Fué una retirada desastrosa, en la que el frío y el hambre completaron la obra de desolación y de muerte que los rusos con sus ataques inesperados habían comenzado.

De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso. Y así, Napoleón, que seis meses antes emprendiera la más atrevida campaña conquistadora, con grandes probabilidades de éxito, veíase en la necesidad de apelar á la precipitada retirada ó fuga para no ver completamente aniquilados los escasos restos que se salvaron de su incursión en Rusia.

Estos momentos fueron inmortalizados por el genio de Meissonier, cuyo famoso cuadro acerca de la retirada de Rusia ha sido tan popularizado.



El Kremlin, conjunto de Palacios Imperiales de Moscú en su estado presente



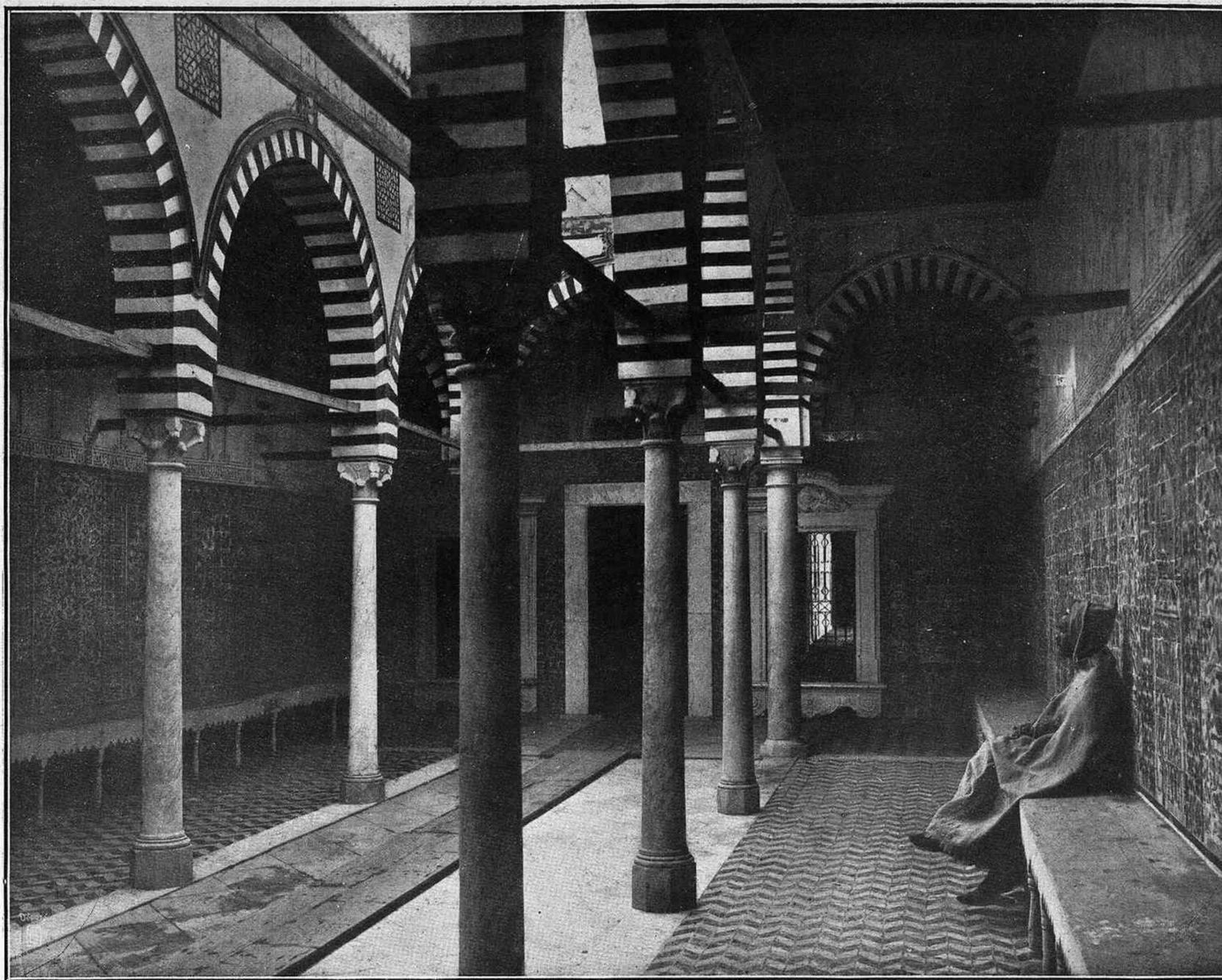
La desastrosa retirada de Moscú.—El mariscal Ney empuña el fusil para ayudar á sus tropas contra los ataques rusos (DE UNA ESTAMPA ANTIGUA)

PEDRO MUIR



Combate, cuerpo á cuerpo, entre las tropas franco-belgas y las alemanas en uno de los pases del Canal, que intentaron forzar en vano las fuerzas germánicas en su avance hacia Dunkerque

## MEZQUITAS AFRICANAS



Galería de la Mezquita Hafri de Sfax

**D**URANTE los primitivos tiempos de la maravillosa conquista arábiga, el Mogreb y la Ifríkia, de constitución húmeda-romana, tuvieron numerosas revoluciones, vastos y complejos movimientos que sacudieron vibrante y poderosamente las contexturas de los dos países.

Tratadistas de visión brevísima, de cultura circunstancial, de espíritu sin comprensión, han asegurado dogmáticamente, que los árabes, el pueblo más supremo y refinadamente artístico, no crearon un arte original. Ciertamente, los pálicos y enigmáticos poetas del desierto, no llevaron en un principio a los países conquistados, sino su fe exaltada, su prodigioso instinto político, su bizarro aventurerismo, su noble y preclaro sentido de la justicia, de la caballeresca cortesanía, pero rudimentaria y albeante, llevaron también su fantasía única, aquella imaginación fabulosa, que con todos los elementos abigarrados y dispersos en la Persia, en el Egipto, en la Mauritania y en España, supo construir el más encantado, el más gentil, el más fascinador, el más ardiente sueño de arte, de amor y de poesía.

Así, pues, en las primeras construcciones arábigas-africanas, observaremos que se utilizan casi exclusivamente fragmentos de gigantescas obras romanas, pero el conjunto arquitectónico responde sin embargo a una modalidad genial y personalísima, a una manera esencial y determinadamente asiática.

En los primeros tiempos de la Hégira, la inmensa y dorada Kairuán, capital del brillante reino Aglabí, aparece como el centro máximo de todo el movimiento artístico africano.

Tratándose de una raza como la árabe, eminente, fundamentalmente religiosa, que había

realizado sus cruzadas como mágicas, en nombre del Islám, de la ley excelsa del Profeta, las mezquitas fueron lógica y naturalmente, los primeros y más ardientes y expresivos monumentos del arte musulmán.

Las más antiguas mezquitas africanas, la de Amrú, la de Ibn Tulún y El-Hakem, con sus naves paralelas que producen en el espíritu una tan profunda, grave y religiosa armonía, fueron las normas, los modelos definitivos que dieron su carácter a las *yammas* de Túnez, de Argelia y de Mogreb.

Esas naves, casi siempre austeras, sobrias, descarnadas, se orientan hacia el *mihrab* que señala la dirección de la Meca, la santa ciudad de Dios, y este *mihrab* puede considerarse como el motivo de toda la melodía purísima de la construcción.

Las mezquitas de Mansura, de Tlemcen, de Sidi Okba, de Ziadet-Allah, de Túnez, de Sfax, etcétera, en las que resplandece el genio artístico del tiempo de los Aglabíes, son ejemplares soberbios de la rica y vigorosa arquitectura africana.

Siguiendo la evolución arquitectural de las mezquitas tunecinas, se observa que lentamente la modalidad artística se afina y sutaliza. Las alharacas ó floridos adornos de los capiteles, se estilizan; la archivolta de los arcos ó los entrapaños de los muros se ennoblecen; las adarajas ó lacerías de las orlas, los almocárabes, adquieren una exquisita idealidad, hasta revelar diáfana y luminosamente un precioso estilo de original y altísima belleza.

Juntamente, se observa en esta ascendente progresión del arte africano, la aparición de ojivas túmidoconopiales, simples ó integradas en arcos de herradura ó estalactéticos; el uso muy

frecuente y generalizado de ajimeces dobles sostenidos por parteluces de la más fina elegancia, con delicadísimas ornamentaciones geométricas; los arcos admirables en que se funden singulares porciones de círculo, y los aliceres ó policromas y fulgurantes fajas de azulejos, que determinan y manifiestan la más robusta plenitud artística.

Al mismo tiempo, surge lleno de vitalidad, de ímpetu y de fausto, el alminar ó torre de la mezquita, con su forma cuadrada, con el esmalte centelleante de sus azulejos, con la armoniosa elegancia y la ágil esbeltez de su ritmo, creando ya de una manera concreta y decisiva, un aspecto genuino y característico del arte africano.

Bajo el Imperio de los Hammadíes y después bajo la floreciente dominación de los Hafsís, la arquitectura religiosa se desenvolvió espléndidamente acentuando su valiente intensidad.

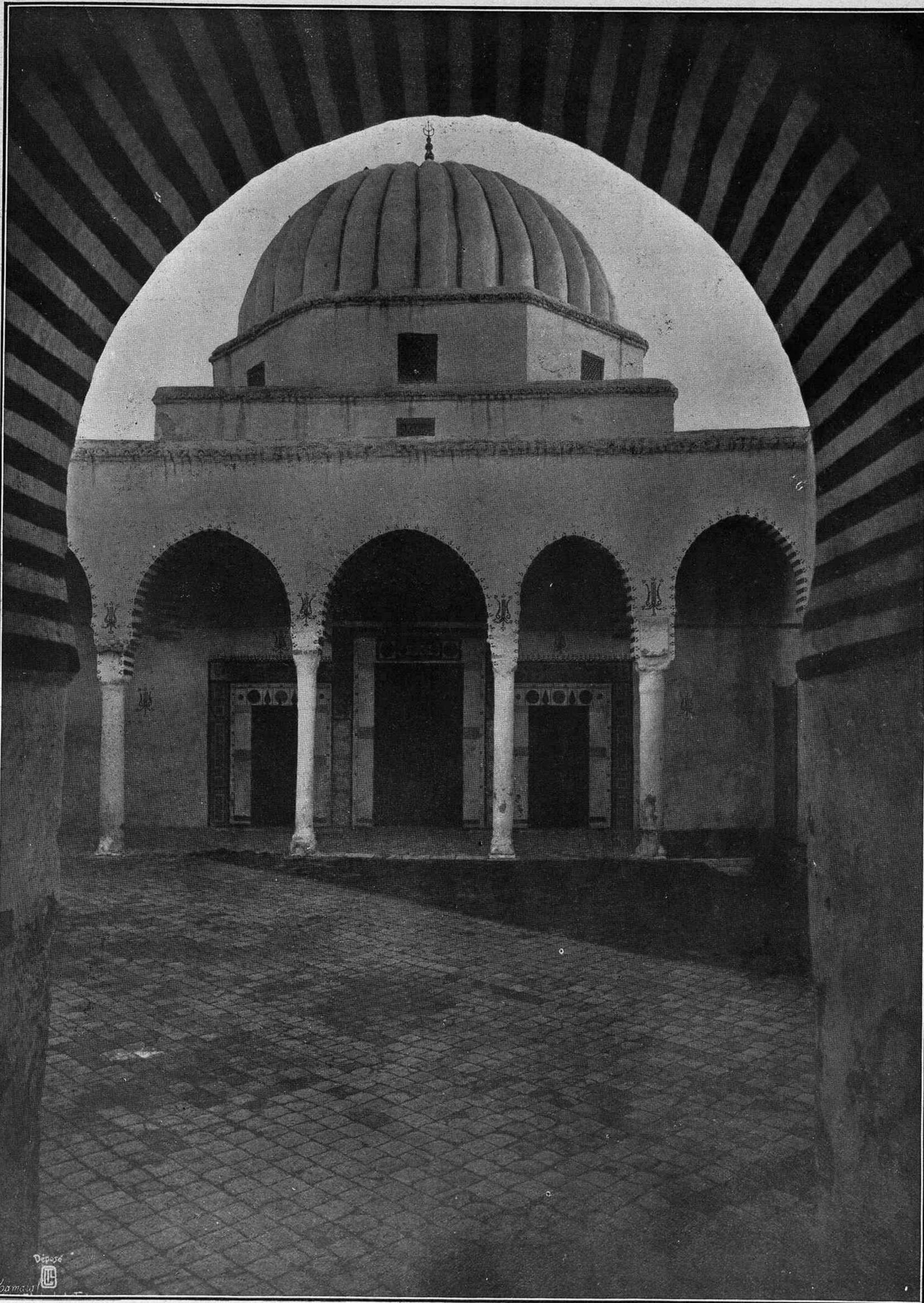
La soberanía osmanlí en Túnez y en Argelia, inició una ligera desviación artística, por la influencia del rito turco *hanefí*, y en este tiempo se construyeron algunas mezquitas especiales como la de Hamuda Pachá y la de Sidi Ben Ziad en Túnez, pero esta influencia pasó rápidamente y el arte árabe africano permaneció vivo y potente.

Aparte del ornamento puramente arquitectónico, los tapices y las lámparas constituyen el magnífico adorno de las mezquitas.

Y jardines de mirtos, de cipreses y de rosas y fuentes de alabastro en las que la música del agua repite eternamente la inefable poesía secreta del Islám, completan el encanto de estas suaves y misteriosas mezquitas africanas, en las que dialoga silenciosamente con Dios, el alma pura de los hijos del Profeta.

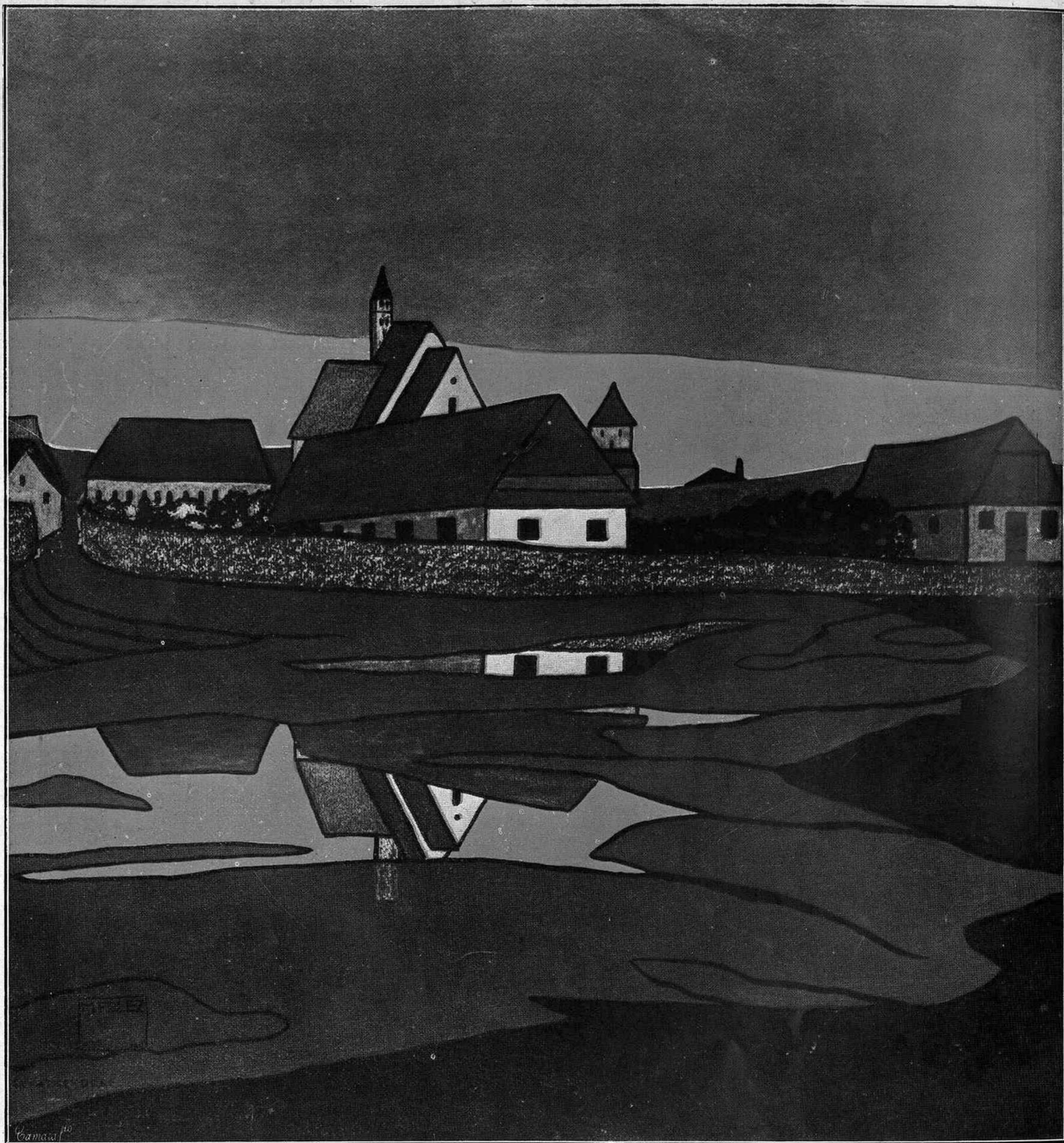
ISAAC MUÑOZ

# MARRUECOS PINTORESCO



PATIO DE LA MEZQUITA DE SIDI BEN ZIAD, EN TUNEZ

## PÁGINAS POÉTICAS



TIERRAS DE CASTILLA

Por las tierras de Castilla  
 fué con su cuádriga el sol,  
 y cuajadas en las mieses  
 centellas de oro dejó,  
 pidiendo á su padre, Júpiter,  
 como celestial favor,  
 que mientras cuelgue del cénit  
 su dorado pabellón,  
 no manche una leve sombra  
 el suelo que él encendió.  
 Por eso tiene Castilla  
 tan quebrada la color,  
 desde que el sol, con los siglos,  
 sus opulencias gastó.  
 Llanura para torneos  
 en que el glorioso infanzón  
 escribió con sangre brava

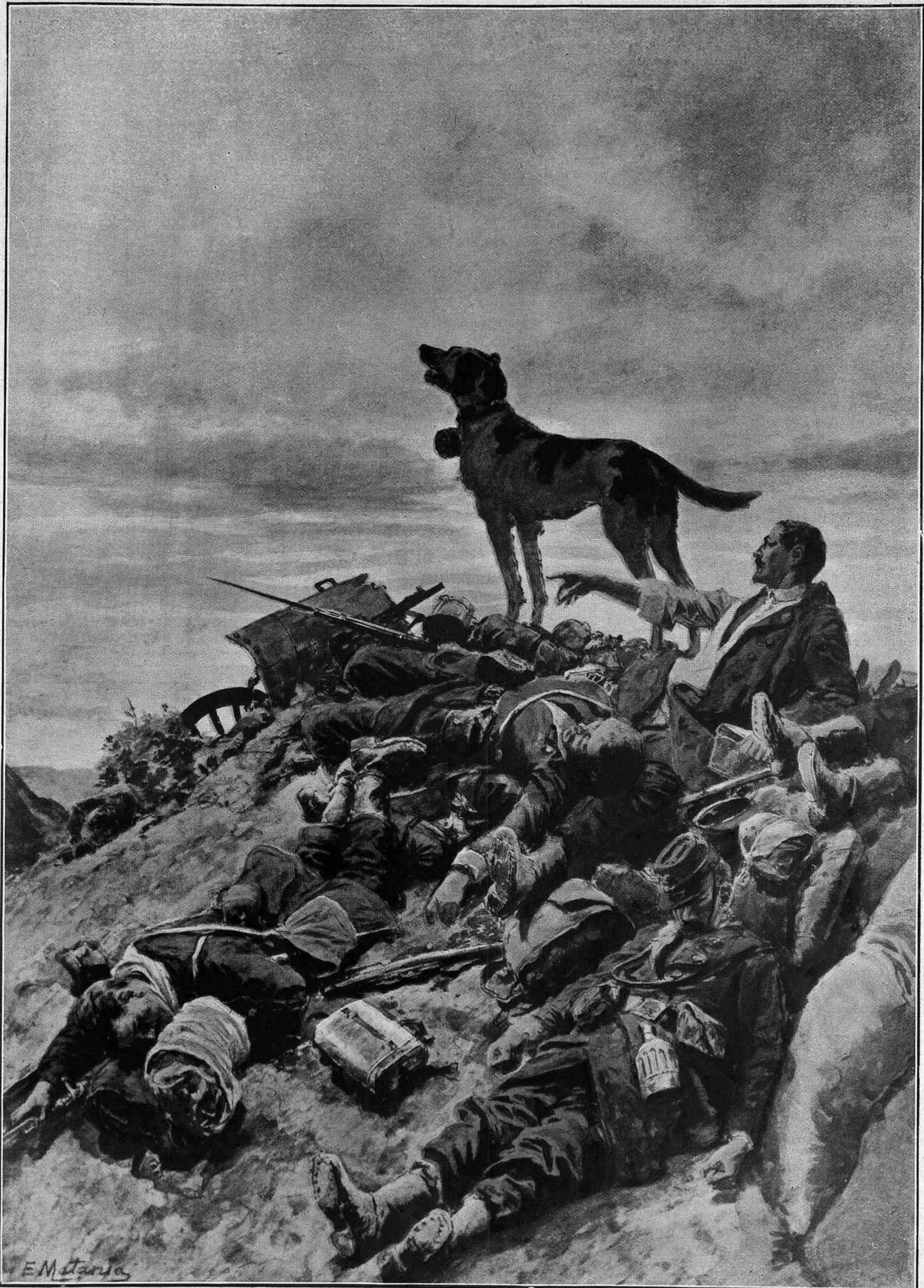
leyendas de hombres de pró;  
 no tiene mágicas frondas  
 ni la destaca un alcor,  
 mas sí bellos panoramas  
 que cautivan la atención,  
 sobre un tapiz de verdura  
 de finísimo color  
 vasto, que la blonda lluvia  
 en el subsuelo tejió;  
 bajo el cielo azul, luciente,  
 bello como una ilusión  
 donde la nube más densa  
 se cambia en tenue vapor,  
 casas como el pergamino  
 y en cada puerta un blasón.  
 Con un templo sin más gloria  
 que estar consagrado á Dios

y una torre alta y erguida  
 donde gime un esquilón  
 cuando al misterio del culto  
 llama con siniestra voz,  
 la aldea de mis amores  
 que á un conde perteneció,  
 de su corona de villa,  
 extraviado florón,  
 sobre el parduzco tabardo  
 de Castilla se ostentó,  
 siendo encanto de los ojos,  
 privanza de la atención  
 y alcázar en que sus nupcias  
 celebran luz y color.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

DIBUJO DE FÉLEZ

# LOS PERROS DE LA CRUZ ROJA EN LA GUERRA



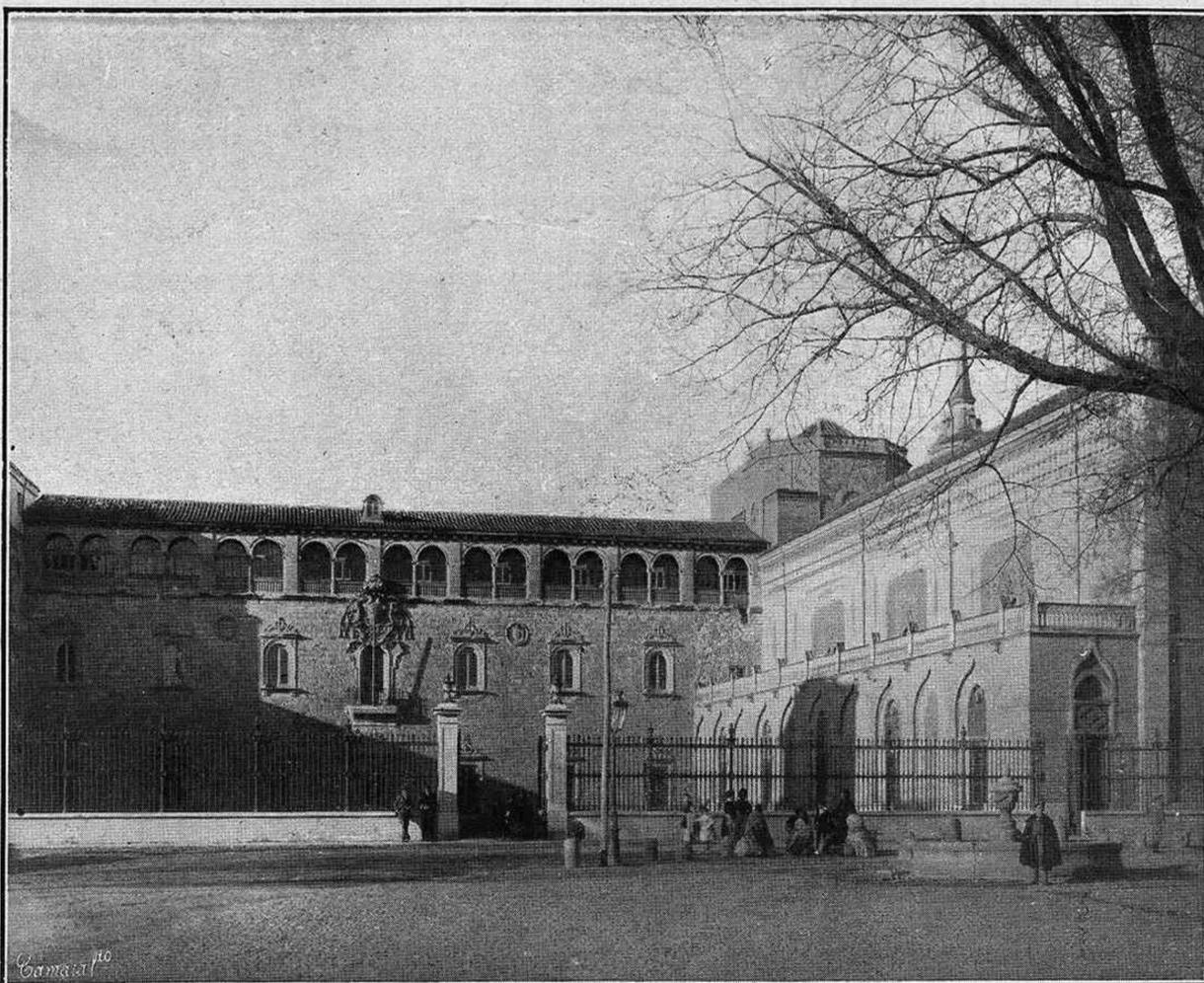
Un perro amaestrado indicando á las ambulancias de la Cruz Roja, el sitio donde se encontraba el único superviviente de una compañía de ametralladoras, aniquilada por los alemanes en la batalla del Marne

DIBUJO DE MATANIA

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS

EL ARCHIVO DE ALCALÁ DE HENARES

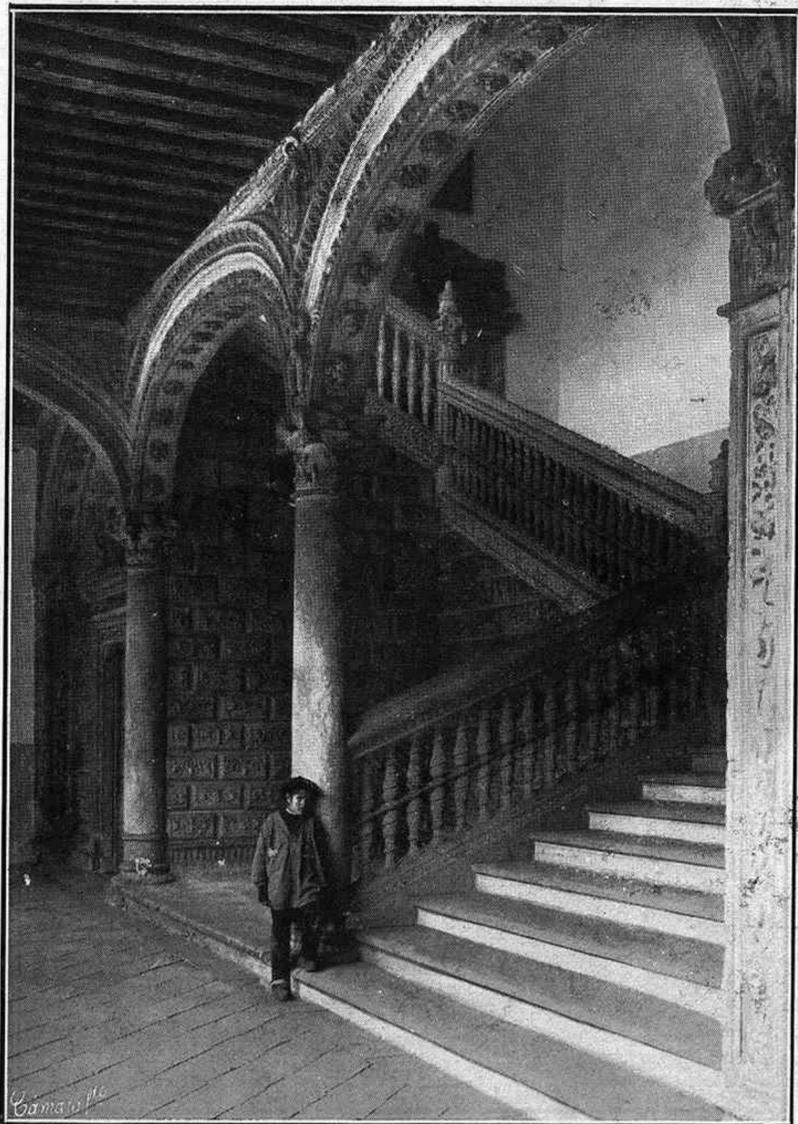
El edificio, no obstante, que llama más la atención en Alcalá, aunque no sea el mejor, es sin duda el hoy Archivo General Central, que fué antiguamente Palacio de los Arzobispos de Toledo. Lo fundó, en 1209, el Arzobispo Rodrigo Ximénez, de cuya época aún se conservan dos ajimeces góticos. La fachada principal es de imponente aspecto. Uno de los patios está circundado por columnata corintia de gran armonía y majestad. La escalera es grandiosa y de profusa decoración plateresca. Y el salón de Concilios, en el que se supone que se celebraron los últimos de Alcalá, y las Cortes de 1348, está regiamente decorado como puede verse en las fotografías que acompañan este artículo. El resto del



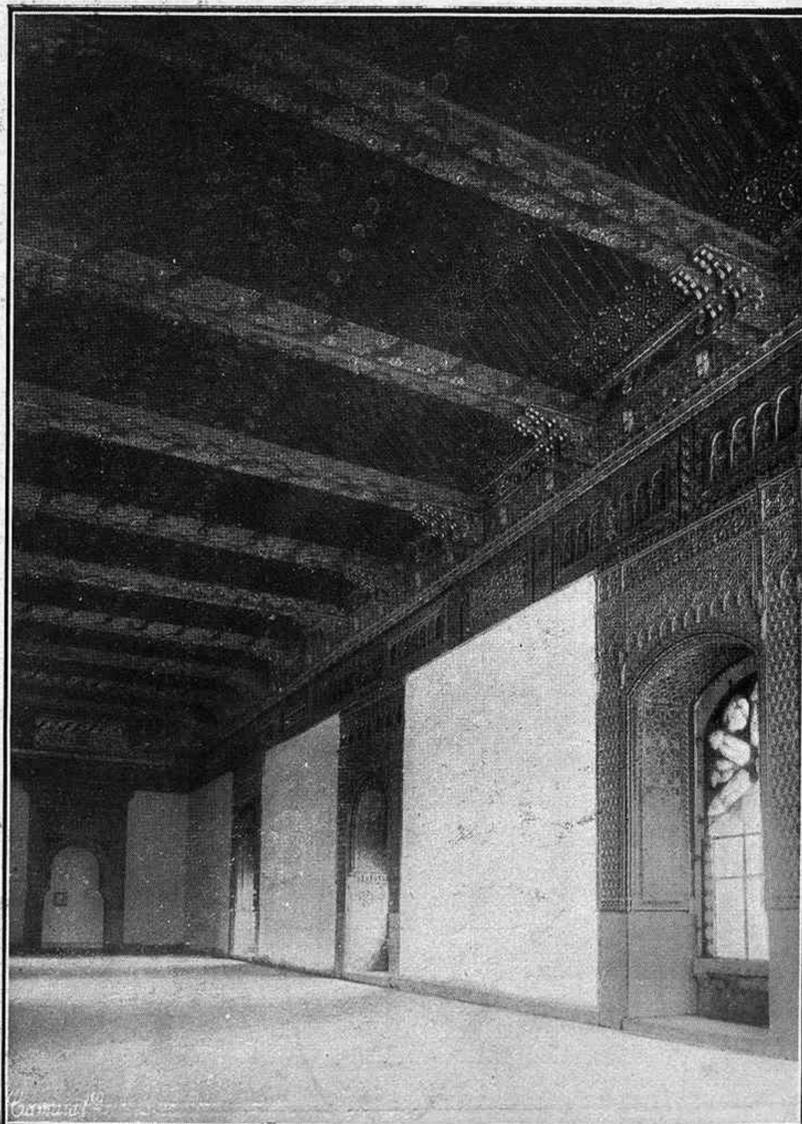
Fachada principal del Archivo General, antiguo Palacio de los Arzobispos de Toledo

edificio, 49 salas destinadas á Archivo, no contiene, plásticamente, nada de interés, salvo, naturalmente, para los eruditos que quieran documentarse en los valiosísimos legajos que guarda y constituyen una riqueza histórica incalculable.

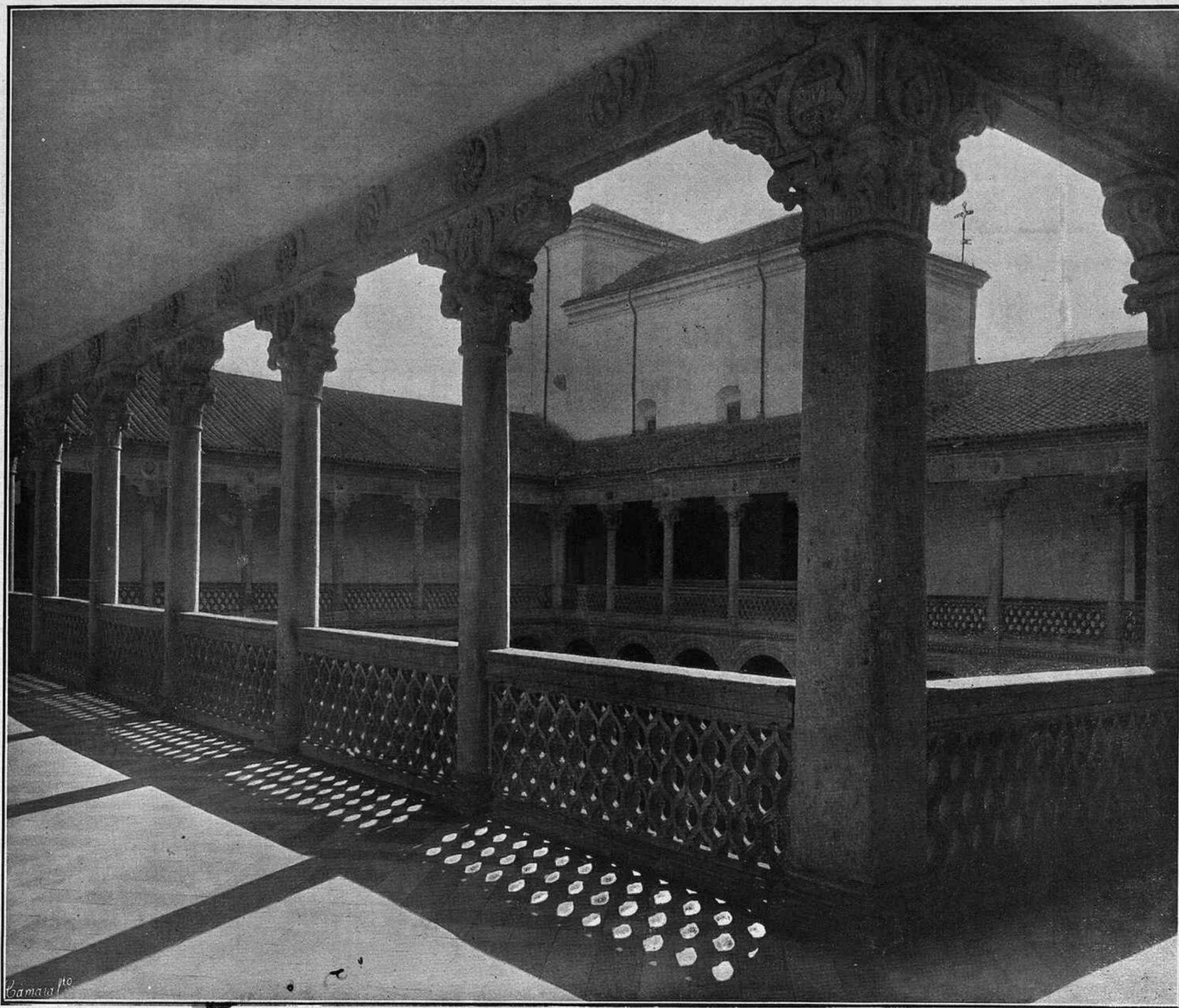
Dignas son también de visitarse la Parroquia de Santa María, donde Cervantes fué bautizado; las ruinas del castillo que algunos llaman Alcalá la Vieja; algunas calles de la población por el carácter antiguo que conservan (aunque en general sean anchas y limpias), el convento de San Benito; la fachada de la Casa de los Lizanas; la hermosa Iglesia de los Jesuitas y la bóveda de la Casa de Laredo, que está en el camino á la estación del



Escalera del Archivo



Salón de Concilios



Claustro alto del patio del Archivo General de Alcalá de Henares

ferrocarril. También es digna de visitarse la antiquísima parroquia de San Justo, erigida en Colegiata hacia 1479, y ampliada considerablemente su planta, bajo la dirección de Pedro Gumiel, desde 1497 á 1509, por efecto de la munificencia del Cardenal Cisneros. Su fachada ofrece poco interés artístico; pero en cambio el interior reviste las formas del estilo gótico, que no deja sospechar el ingreso. En las naves laterales, bocelados pilares á seis por fila, sostienen la pesadumbre de los ojives arcos en comunicación. La cripta encierra las reliquias de los niños mártires Santos Justo y Pastor, y en diversos lugares del templo hay algunas inscripcio-



Patio del Archivo

nes sepulcrales y nichos de bastante interés artístico como aquel en que yace la efigie sacerdotal de Pedro López. En resolución: que el turista que decida pasar un día en Alcalá de Henares, si es artista ó simplemente curioso de la antigüedad, no ha de perder el tiempo, y agradecerá el consejo de que visite una ciudad por tantos estilos famosa y que tantos timbres gloriosos aportó á la Historia. Y si lleva prevenido almuerzo para no tener que recurrir á los Hardy de la localidad, mejor que mejor: lo único que puede y debe dejar para comprarlo allí es «el postre»: las renombradas si que dañinas á las muelas almendras de Alcalá.

FOTS. KAULAK

ANTONIO CÁNOVAS

# LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



La Capilla Real de San Fernando, en la Catedral de Sevilla

FOT. PÉREZ ROMERO

Más que por su mérito arquitectónico la Capilla Real de la basílica hispalense es notable por las joyas escultóricas que guarda, entre las que destaca la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, patrona de Sevilla. En urnas cinerarias y nichos de piedra duer-

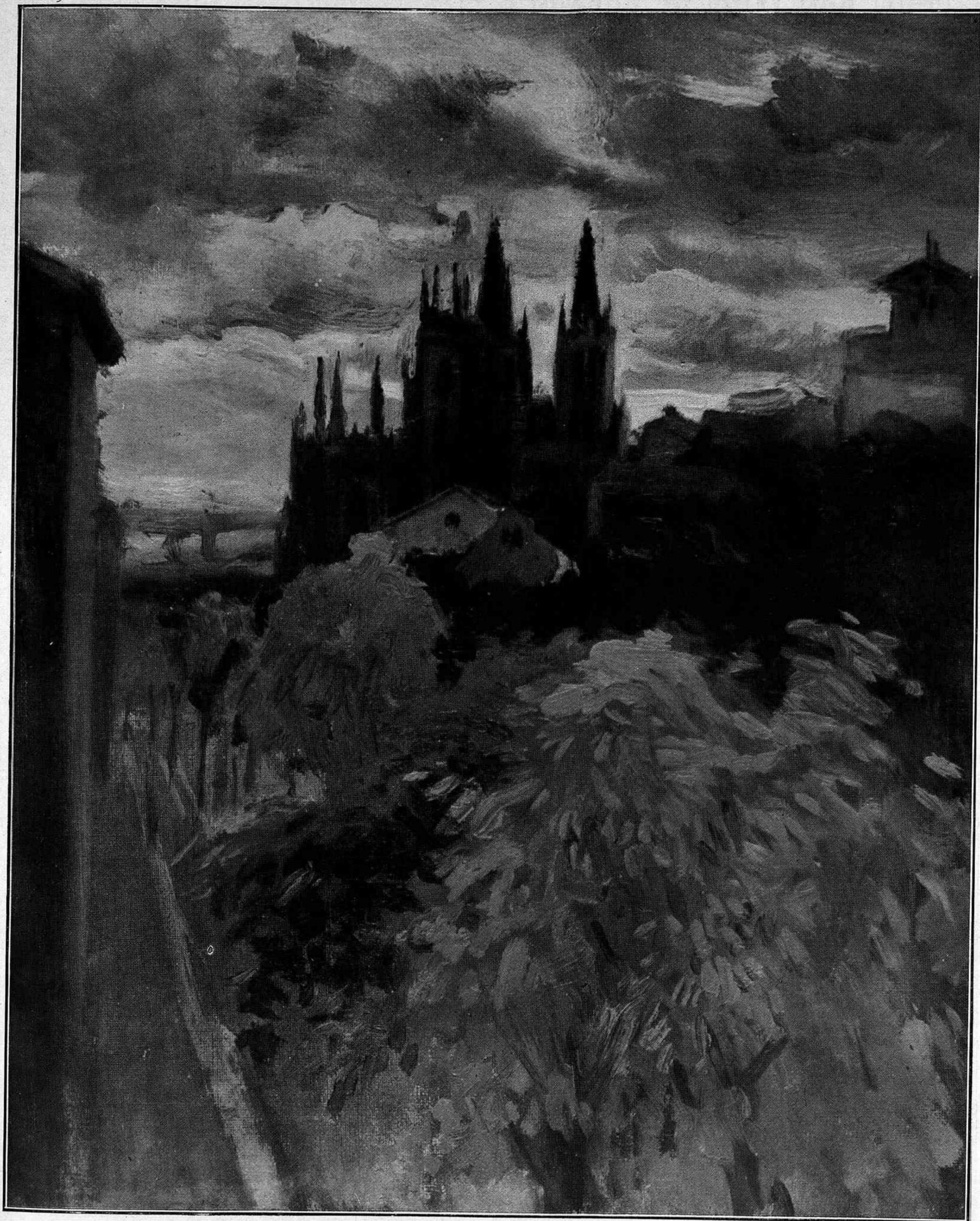
men el sueño de la eternidad reyes y príncipes de las viejas edades de la Historia. El cuerpo incorrupto de don Fernando el Santo, los restos mortales de don Alfonso X, los del famoso don Pedro I de Castilla, los de doña Beatriz, madre del rey Sabio, los de doña María de Padilla, que gus-

taba de apurar la copa de los placeres con el monarca justiciero mientras los hombres de armas teñían en sangre real las hojas de sus dagas... Se custodian también en la capilla la espada y la bandera con que San Fernando entró victorioso en la bella ciudad del Guadalquivir.

LA ESFERA

# PAISAJES ESPAÑOLES

BIBLIOTECA  
MADRID



**LA CATEDRAL DE BURGOS**  
Cuadro de Marceliano Santa María

Como todos los grandes pintores contemporáneos, Marceliano Santa María profesa el culto del paisaje. Lo mismo en sus lienzos de la última época, en los que evoca lejanías iguales á aquellas admirables de los venecianos, que los lienzos de la primera época de su estancia en Roma, hallamos siempre este amor al paisaje.

Quando interpreta la austera llanura castellana los pinceles de Santa María expresan el recto y vigoroso espíritu de la raza de un modo inconfundible. Y sin embargo no son lo más conocido de su obra los paisajes. Por eso esta página donde recortan sus gallardas siluetas las torres de la Catedral de Burgos, resulta de un gran interés artístico y documental.



NUESTRAS VISITAS

## DON JAIME DE BORBÓN Ó EL PRÍNCIPE FANTASMA



La duda iba por momentos tomando cuerpo en mi espíritu. Para cerciorarme bien, no apartaba ni un instante la vista del caballero desconocido. El permanecía sentado, con cierto abandono elegante, en uno de los ángulos de palco. Yo ocupaba el palco cercano. Mi desconocido sostenía entre sus manos, minuciosamente pulidas, un *Heraldo*, en cuya plana tercera venía un retrato de DON JAIME.

Su porte era correctísimo. De estatura regular y proporciones gallardas. El vigor de su cuerpo, recio y musculoso, lo denunciaba; su espalda ancha, su pecho bien bombeado y los tolonrones de los bíceps que se marcaban bajo las mangas del impecable *chaquet*, de dos botones. A pesar de ser moreno, de tez tostada, sus ojos eran melados, casi azules, y tenían cierta expresión metálica y dominadora. Las demás facciones eran correctas, tal vez un poco marchitas, á causa de un vivir fugaz y accidentado. Representaba cuarenta años, y ya entre sus cabellos negros se mezclaban algunos brotes argentados.

Cualquier observador sagaz hubiese adivinado que este caballero, de tez española, bigote francés, flema inglesa y sonrisa italiana, llevaba consigo un misterio. Yo tenía ya casi la absoluta seguridad de que era el Príncipe...

Cuando terminó la función, esperé en la puerta de mi palco á que saliese... Pasó por delante. Iba embutido en su gabán de nutria y entre el alto cuello apenas dejaba ver sus ojos claros. Caminaba despacio y tranquilo, dejando tras sí el aroma de su cigarrillo egipcio... Lo seguí. Salimos á la calle de Alcalá. Llovía cernidamente y una neblina helada envolvía la noche. El caballero desconocido montó en un coche de punto; yo en otro, que partió tras del suyo. Los penchos comenzaron á trotar descompuestamente hacia la Puerta del Sol. Frente al *Ideal Room*, se detuvo el coche de mi perseguido, y al punto el mío detrás. Entramos á la par en el café. No había más que una mesa desocupada en un rincón del fondo, y en ella se aposentó el caballero misterioso. ¿Dónde me sentaba yo?... Era un contratiempo... Al fin ocurrióseme una idea.

—Si me permite, señor, compartiremos la mesa... Perdón, pero no hay otro sitio—exclamé, dirigiéndome al caballero misterioso.

El me miró sonriente, pero extrañado. Después de examinarne bien, contestó:

—Con mucho gusto, señor... ¡No faltaba más!

La corrección con que hablaba el español, sin el menor acento extranjero, me desalentó un poco en mi aventura. Yo lo observaba... Con augusta indiferencia paseaba su mirada por todas partes sin detenerla atentamente en nada, ni en nadie. Después de un momento sacó una pitillera de oro; al ir á abrir saltó de sus manos y rodó por el suelo. Yo me anticipé á cogerla y al tiempo que se la entregaba, exclamé examinándola:

—Creo que no se abolló.

—¡Bah, no importa!... Muchas gracias, señor.

Aunque estuvo muy rápido para recogerla de mis manos, no pudo evitar que yo, á mi sabor, leyera en su tapa esta inscripción en chispitas de brillante: *Jaime III—Dios, España y el Rey*. ¡Era El! La alegría me hizo casi tiritar.

—Señor—exclamé mirándole de hito en hito,—ha sido para mí un alto honor haber servido para algo á Vuestra Alteza...

El caballero no se descompuso; con absoluta imposibilidad me contestó sonriendo:

—No entiendo... ¿decía usted?...

Y aplicó su mano al pabellón del oído, con socarronería de abate francés.

—Decía, señor, que no tiene por qué darme las gracias... Y que... VUESTRA ALTEZA es muy poco precavido ó muy audaz...

—Audaz, tal vez un poco más que usted—repuso sonriendo con malicia—. Pero lo que no comprendo es ese tratamiento. ¿No soy para usted *ni más ni menos* que Alteza?...

—Para mí, ni más ni menos, príncipe—aseguré.

—Debe usted de confundirme...—insistió.

—No lo confundo á usted, don Jaime—aseguré.

—Es posible que al final me de por vencido; pero mientras tanto, ¿quiere decirme quién es usted?...



D. JAIME DE BORBÓN, por Gamonal

—Alteza, soy un cualquiera; un español que le ha conocido.

—Me agrada eso porque es señal de que en España no se olvidan de los buenos amigos... Pero ¡veamos! Voy á demostrarle á usted que yo también tengo mi vista detectivesca. ¿Usted es periodista?...

Dudé un instante. El agregó, rápido:

—Hemos de ser leales, amigo; si no es imposible que sigamos hablando...

Estas palabras me decidieron y repuse:

—En efecto; soy periodista.

Don Jaime sonrió satisfecho. Después prosiguió, sacando un lapiz:

—Pues, bien; ahora, sobre el mármol de esta

mesa, voy á escribir su seudónimo. A ver si acierto.

Y con letra firme puso: «El Caballero Audaz». Te confieso, lector, que me dejó sorprendido.

—Pero, señor, ¿cómo sabe Vuestra Alteza?...

El rió de buena gana.

—¡Ah, amigo! Ahora el periodista resulto yo. Después, poniéndose serio, continuó:

—Pero, hombre, ¿por qué se ha tomado usted la molestia de seguirme toda la noche?

—¡Ah!, señor; porque como periodista, me interesa mucho Vuestra Alteza. Tenía un vivo deseo de hablarle.

—¿Para publicar la conversación?...—agregó él, rápido.

—Si no le contraría...  
 —A mí lo único que me contraría es no complacer á todo el mundo... Y en este caso no puedo complacerle, porque si usted publica una conversación conmigo cuando todavía esté yo en España, figúrese...  
 —Doy mi palabra de honor á Vuestra Alteza, de que yo no diré nada de ésto, hasta que don Jaime haya pasado la frontera española.  
 —Yo creo en su palabra; ¿pero cómo va usted á saber cuándo he abandonado España, si yo mismo no lo sé?  
 Hizo una parada; después rectificó:  
 —Es decir, sí. Estas Navidades las pasaré en Roma, como de costumbre, al lado de mi hermana Beatriz. De esto tengo la seguridad.  
 —Perfectamente; pues si Vuestra Alteza accede, su interviú no será publicada hasta después de Nochebuena.  
 Hubo un breve silencio, mientras que el camarero nos servía dos ginebras. El Príncipe, con absoluta tranquilidad, dábame un cigarrillo. Yo le ofrecí la llama de mi encendedor. Eramos dos camaradas. Ya la persona de don Jaime hablase apoderado, con su llaneza, de mi espíritu.  
 —Veamos ¿qué quiere usted saber de mí?—me preguntó cuando se hubo retirado el camarero.  
 —Muchas cosas. ¿Cuánto tiempo lleva Vuestra Alteza en Madrid?  
 —Cinco días.  
 —¿Cómo ha podido llegar hasta aquí en las circunstancias actuales?...  
 —Muy sencillamente, señor. Un automóvil Hispano de 40 caballos, me trajo desde Burdeos hasta las puertas del Hotel donde paro... Vine con bastante velocidad; nadie me hubiera podido detener...  
 —¿Y pasaportes?...  
 —Traigo todo en regla. Soy M. Ducasse y viajo vigilado por la protección de Francia, por ser súbdito de la República...  
 —Sin embargo, es muy expuesto para Vuestra Alteza.  
 —¿Qué le hemos de hacer! Tengo una voluntad caprichosa, la cual no se aviene á imposiciones.  
 —¿Ha estado muchas veces en España?...  
 —Muchísimas. Desde los cuatro años, siempre que puedo corro á respirar el aire santo de mi patria. Conozco la España de antaño y de hoy.  
 Como le mirara sorprendido, siguió:  
 —Sí, señor. Yo he adorado la Cruz de las Victorias, en Asturias; he besado la Virgen del Pilar,

en Zaragoza; me he arrodillado ante el sepulcro de Santiago; he pasado una noche de luna en la Alhambra de Granada; he enviado un beso á mis leales desde la Torre del Oro en Sevilla; he orado en el Monasterio del Escorial, y he rendido mi admiración ante reliquias de la Armería Real.  
 —Estos viajes, los habrá hecho vuestra alteza de incógnito.  
 —¡Siempre en secreto y siempre solo! La soledad me encanta, porque se vive más consigo mismo. Unas veces, he sido el conde de Stahlers; otras, M. Lecop; otras, Mr. Hutigtoy; muchas, Von Shavre; ahora, M. Ducasse. Todo esto tiene un gran encanto.  
 —Vuestra Alteza, ¿posee muchos idiomas?  
 —Siete ú ocho.  
 —¿Los habla á la perfección?  
 —Por lo menos, como el español que es, después de todo, con el que estoy menos en contacto. ¿Y verdad que parece que he nacido en la misma Puerta del Sol?...  
 Nuestro asentimiento, complació mucho á don Jaime.  
 —¿Ha servido vuestra alteza en el ejército ruso?...  
 —Allí he aprendido lo que sé del arte de la guerra. En las filas de Nicolás II, me he batido muchas veces por Rusia; primero, cuando la insurrección de los boxers en China; más tarde, en la Manchuria, cuando la guerra ruso-japonesa.  
 —¿Tuvo su alteza ocasión para demostrar su valor?  
 —Para demostrar que como buen español, en mi corazón no había sitio para el miedo.  
 —¿Querría contarme algún hecho glorioso de armas?...  
 —¡Bah!... Sería ridículo. Bástele á usted saber, que ingresé de alférez en el ejército moscovita y que por méritos de guerra ascendí hasta comandante; que sobre mi pecho, al pie de los fuertes de Peitang, mi general puso la gran Cruz rusa, equivalente á nuestra laureada de San Fernando, y que esta cicatriz de la frente fué una herida casi mortal que recibí en la segunda campaña.  
 —¿Y sigue vuestra alteza siendo comandante ruso?...  
 —Desde que murió mi augusto padre, tuve necesidad, por la calidad de su herencia, de renunciar á mi cargo de militar activo. Nicolás II no quiso acceder á mi demanda, si bien me otorgó permiso para ausentarme de Rusia y, al mismo tiempo, me concedió el nombramiento de coronel honorario de Húsares de la Guardia Imperial.

—La residencia oficial de su alteza, ¿dónde es ahora?  
 —En el castillo de Frohsdorf, desde que murió mi augusto padre. Ahora bien; yo soy un hombre errante. Tan pronto estoy en Nueva York, como estoy en las Indias, como en París. Soy un inquieto; me gusta siempre caminar con la ilusión del sitio desconocido. Ya no me es posible esto, por que conozco todo el mundo. Me atrae el peligro. Los viajes por mar me encantan hasta tal punto, que muchas veces he ido á América y á los dos días de estar en Nueva York, he regresado á Europa. En España gusto de que nadie me conozca. Ni mis mismos correligionarios.  
 —Pues ahora no ha pasado inadvertida su visita. Todos los periódicos la cuentan.  
 —Por una indiscreción mía; y sobre todo por una ridícula venganza de uno que no fué muy leal á nuestra causa, cuando ya no está en el partido.  
 —¿A quién se refiere Vuestra Alteza?...  
 —A Ortiz de Zárate.  
 —¿Iba Vuestra Alteza con él y con el senador Ranero?  
 —¡Quiá! no lo crea usted. Eso fué un cuento de Zárate, que, como me conocía personalmente, advirtió mi presencia en Madrid y lanzó la noticia á los cuatro vientos empleando ese procedimiento. Yo ni he ido con él, ni conozco al señor Ranero. Los que temen de mi presencia en España, pueden estar bien tranquilos por ahora. Yo deseo una bienhechora concordia para mi país. Ya he dicho que mientras España esté empeñada en la guerra de Marruecos, mi pecho sólo palpará por el triunfo de nuestra bandera y yo no soy, no quiero ser, más que un español que sigue esa guerra, anhelante, con los ojos y con el alma, deplorando no poder servir á mi patria con mi sangre. Y lo siento porque la muerte y yo nos hemos saludado muy de cerca, y muchas veces, allá en tierras extrañas. Sería para mí un honor volver á verla en mi patria y por mi patria...  
 Don Jaime se expresaba con vehemencia. De vez en cuando alisábase el bigote. En el dedo anular de su mano derecha destellaba un enorme brillante, aprisionado por un hilo invisible de platino. No llevaba más joyas. Se movía nerviosamente.  
 Proseguí preguntándole:  
 —¿Es cierto, don Jaime, que al comienzo de la guerra quiso Vuestra Alteza incorporarse á los rusos?...  
 —¡Quiá!... Eso es una fábula.  
 —¿Luego sus simpatías están por Alemania y por Austria?...  
 —Yo, personalmente, por la fuerza del destino y de la sangre, tengo que ser neutral en esta sangrienta epopeya. Son muchas razones las que me obligan á ello. En la Academia Militar de Austria estudié mi carrera; á la familia Real austriaca estoy emparentado muy de cerca; en las filas rusas me batí infinitas veces; mi apellido Borbón es francés...; Guillermo II es mi mejor amigo y consejero. ¿Cómo puedo yo personalmente dejar de ser neutral?... Ahora bien; desde el punto de vista de buen español, tengo que inclinarme del lado que más convenga á mi patria, y España debe estar siempre frente á Inglaterra, que ha sido nuestra enemiga natural... En fin, de esto mejor es que no diga usted nada. Ya mi leal y glorioso Vázquez de Mella dice por mí y por mi partido bastante...  
 Eran las dos de la mañana. Nos habíamos quedado solos en el *Ideal Room*. Don Jaime se dió cuenta y púsose de pie. Al tenderme su mano, yo le hice un ruego.  
 —Príncipe, un último favor.  
 —Diga.  
 —Quisiera que Campúa le hiciese una fotografía.  
 Meditó un instante; después me miró fijamente.  
 —Si es una sola—accedió—mañana jueves, á las cinco, estaré tomando te en el Ritz. Vayan ustedes. Ya sabe: ¡M. Ducasse!  
 —Entendido—y proseguí en voz alta:—Hasta mañana, M. Ducasse.  
 —Hasta siempre, amigo mío—repuso.  
 Y salió presuroso del café...

Y ahora, lector, tú cree ésto ó no lo creas. Yo no sé si es verdad ó si es mentira. Me inclino á creer que lo he soñado con fotografías y todo... Y en esta ocasión sí que autorizo á la opulenta *Colombine* para que haga un alto en las labores propias de su sexo, coja la pluma y me deje por embustero. ¡Esto es una patraña, señores!



D. Jaime y "El Caballero Audaz"

EL CABALLERO AUDAZ

## LOS QUE FUERON □ LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

TRATANDO de este famoso autor, de ingenio tan feliz como ingrata fué su suerte, ha dicho el ilustre escritor y copioso erudito Rodríguez Marín:

«Por una de esas paradojas frecuentes en la realidad, el autor de *El Diablo Cojuelo*, que tan gracioso fué, fué desgraciadísimo toda su vida, y aun lo ha sido después de su muerte. Como de limosnas vivió, acudiendo á unos y á otros, siempre con el agua al cuello, y muerto en 1644, todavía no le ha abandonado su mala suerte, pues también como de limosnas, á retazuelos y entre todos, le vamos escribiendo la biografía.»

No es lo peor que no tuviera biografía, sino que tenía leyenda. Hasta le habían hecho abogado—cuando no pasó de bachiller en artes—y hay quien le presenta en el foro—no habiendo conocido más foro que el del escenario—defendiendo á un reo de consideración y contando á ese propósito una novela...

Aunque ya hay elementos suficientes para escribir una biografía completa de Vélez de Guevara, no es mi propósito realizar tan meritoria labor: apremios del tiempo y el corto espacio de que puedo disponer, me permitirán tan sólo trazar un ligero apunte mediante el cual se pueda tener una idea aproximada de lo que fué este autor famoso como hombre y como escritor.

El primer testimonio de que echan mano sus actuales biógrafos, es una carta de D. Juan Vélez de Guevara, hijo del ilustre autor de *Reinar después de morir*, á D. José Pellicer el 20 de Octubre de 1645, recientemente publicada por don Antonio Paz y Meliá, por cuyo escrito se sabe que Luis Vélez de Guevara fué soldado en los más verdes años de su mocedad, «siguiendo primero al Conde de Fuentes, en Saboya y Milán, con el tercio de Bretaña, y después, desde Nápoles, al valeroso D. Pedro de Toledo, por todo el cabo de los cuales regresó á España, llegando á Valladolid el año en que nació el príncipe (que luego fué Felipe IV), acerca de cuyo bautizo escribió una bella poesía.

Fuó tanta la mala suerte del poeta, que hasta en la carta de su propio hijo hay errores de bulto. Se dice en ella que nació en Ecija á 26 de Agosto, año 1578, y existe una partida de bautismo que autoriza con su firma el Bachiller Alonso Navajas, Clérigo Cura de la Iglesia del Señor San Juan, de Ecija, en cuyo documento consta que fué bautizado «el primero día del mes de Agosto de mill y quinientos é setenta y nueve años». También se dice en la mencionada carta que fué casado tres veces, y se sabe que lo fué cuatro.

En lo que concuerdan todos los autores, es en que Luis Vélez de Guevara pasó los más terribles apuros y vivió siempre en la mayor estrechez. El ilustre é inolvidable escritor Felipe Pérez y González, en su interesante libro *El Diablo Cojuelo, Notas y comentarios á un «Comentario» y á unas «Notas»*.—*Nuevos datos para la biografía de Luis Vélez de Guevara*, dice:

«El estudiante que por pobre fué graduado gratis de bachiller en artes en la Universidad de Osuna, aunque más tarde fué servidor y protegido de poderosos magnates y aun del mismo rey Don Felipe IV, cuya fama de generoso Mecenas de artistas y poetas ha sido ponderada en todos los tonos, y fué ingenio brillante, solicitado, aplaudido por el público y celebrado por sus más eminentes compañeros, vivió constantemente sufriendo apuros y estrecheces, solicitando mercedes y socorros y llegando á ser, en alguna ocasión, indicado como «tipo» del necesitado pediguéño.»

Como aclaración en parte, del párrafo que dejo transcrito, dice el antes citado Rodríguez Marín:

«Estas larguezas de los grandes de antaño eran comúnmente más nominales que efectivas, por que á la hora de cobrar—tan endeudados andaban de ordinario—solían desvanecerse como el humo.»

También puede decirse que resultó ficticia la protección de Felipe IV. Ciertamente que en 4 de Abril de 1625 fué Vélez de Guevara nombrado *Ugier de Cámara*; pero, «entró en gajes en 1.º de Enero de 1635, en lugar de Alonso Sánchez que murió en Diciembre de 1634.» Es decir, que no empezó á cobrar hasta diez años después del nombramiento. Y como por entonces estaba enfermo y no podía concurrir á Palacio, solicitó y obtuvo

que el cargo de *Ugier* pasara á su hijo don Juan. Durante tres años, desde 1633 á 1636, disfrutó del Monarca una pensión mensual de doscientos reales. Como se vé, no se corrió mucho el rey-poeta...

Luis Vélez de Guevara derrochó una no pequeña parte de su agudo ingenio, componiendo bellas poesías autobiográficas, que no eran otra cosa en realidad que memoriales pidiendo dinero, ó empleos, ó mercedes y favores de alguna clase. También escribió algunas composiciones lamentándose, en broma, de su suerte. Cuando á fines de Marzo de 1625 vino á Madrid el Príncipe de Gales á realizar una boda que, por fin no tuvo efecto, los protectores de Vélez de Guevara consiguieron que éste fuese nombrado *ugier* de cámara de tan egregio personaje. Dicho nombramiento le sugirió un soneto que dice á la letra:

«LUIS VÉLEZ, CUANDO LE HICIERON PORTERO DEL DE GALES

¡Cancerbero del Príncipe de Gales!  
¿En que pecó mi padre ni mi agüelo?

¡Aquí del Conde de Olivares, cielo,  
que me como de herejes garrafales!

Don Gaspar de Guzmán, si no me vales,  
á los catorce artículos apelo  
y en el martirologio tomo un suelo,  
que caiga el calendario en las canales.

Yo alargo la cadena á pinta y presa  
que es lo que ha de venir del hospedaje,  
aunque Meneses pierda la interpresa.

No tengo á *nifis brut* por buen lenguaje;  
sáqueme Dios desta empanada inglesa  
y deme para España buen viaje.»

Como se ve, medio en broma, medio en serio, revela bien á las claras que no le agradó, ni mucho menos, el ser nombrado portero (así lo dice él mismo) del Príncipe inglés; pero, haciendo de tripas corazón, como suele decirse, apechugó con el cargo y lo desempeñó hasta principios de Septiembre del mismo año 25, en que regresó á su país el mencionado Príncipe, volviendo á sus apuros el malaventurado Vélez.

El 25 de Noviembre del año siguiente entró en Madrid el Archiduque Carlos, tío de Felipe IV y hermano del Emperador Fernando II, y el Conde Duque de Olivares dióle por mayordomo al menesteroso poeta. Pero era tan desdichada su suerte, que el Archiduque falleció antes de cumplirse un mes de su llegada...

Lo que no se explica satisfactoriamente, ó no hay lógica en la tierra, es que hombre de tan trabajosa y dura existencia, que estuvo siempre, como quien dice á la cuarta pregunta, se casara cuatro veces ¡cuatro veces nada menos!...

Cuenta la crónica que, no obstante el ajeteo de su vida perra, Vélez de Guevara conservó siempre el buen humor y fué de genio dulce y apacible. El ilustre escritor y sabio académico don Emilio Cotarelo, refiriéndose á las colaboraciones de Rojas Zorrilla y Antonio Coello con nuestro poeta dice:

«Luis Vélez de Guevara, aunque mucho más viejo que ellos, fué grande amigo suyo, como lo fué de otros muchos, pues el buen carácter del insigne ecijano le hacía grandemente simpático y conversable con todos.»

Como escritor merece todos los honores, todas las preeminencias, por la abundancia, la calidad de su labor. Según todas las referencias, empezó á escribir para el teatro cuando abandonó la carrera de las armas y regresó á España, en 1605. Contaba en aquella sazón veintiseis años y ya gozaba fama de poeta lírico. En las cartas de su hijo, de que se habla más arriba, se dice que «escribió, sin las obras sueltas, más de cuatrocientas comedias, compitiendo con todos los ingenios de España y con Lope de Vega, los dos solos mucho tiempo.»

Más que competidor, fué discípulo de Lope; y tan aprovechado, que se ha creído que algunas de sus obras eran del *Fénix de los ingenios*. Desgraciadamente, de las cuatrocientas obras que se mencionan, ha llegado á nosotros un centenar escaso, y algunas de ellas sólo existen manuscritas en la Biblioteca Nacional. Sus principales obras son:

*Reinar después de morir*, *El diablo anda en Cantillana*, *La hermosura de Raquel* (primera y segunda parte), *Los hijos de la Barbuda*, *El espejo del mundo*, *Los amotinados en Flandes*, *El conde don Pedro Vélez*, *La luna de la sierra*, *La serrana de la Vera* y *El águila del agua*,



LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

éstas dos últimas, autógrafas. Hay que agregar las que escribió en colaboración con Rojas Zorrilla y Antonio Coello, que se titulan, respectivamente, *La Baltasara*, *El catalán Serrallonga*, *También la afrenta es veneno* y *Las lavanderas de Nápoles*. No sé si colaboró con otros autores.

Para escribir su notable comedia titulada *La luna de la sierra* se inspiró Vélez de Guevara en una de Lope de Vega llamada *Peribañez y el comendador de Ocaña*, y hay quien asegura (yo no conozco el original de Lope), que mejoró y elevó considerablemente el asunto. Lo propio ocurrió con *García del Castañar*, de Rojas Zorrilla, que está calcada, vamos al decir, en *La luna de la sierra*. Es indudable que en su plan y en su desarrollo aquella es superior á ésta; pero, en el fondo, son lo mismo. Pasado el primer tercio del siglo XVII, nuestros autores, con alguna rara excepción, apenas si hicieron otra cosa que arreglar y perfilar la labor de sus antecesores. En esto, como en todo, hubo quien pasó la raya y cometió verdaderos horrores, dando como suyas obras en las cuales no habían puesto una sola escena original. A éstos, sin duda, alude Vélez de Guevara, cuando dice, en su lindísima novela *El diablo cojuelo*:

«No es mayordomo ese que ves, sino un autor. El marqués le tiene en su casa para hacer ostentación de que protege á los ingenios. Y, al parecer, ese autor, replicó don Cleofás, es sujeto de mucho mérito. Ahora juzgarás por tí mismo, repuso el Demonio; se halla rodeado de mil volúmenes, y escribe una obra en la que nada pone de suyo, sino que roba aquí y allá, de todos esos libretos y manuscritos; y aunque no hace más que ordenar y enlazar sus latrocinios, no deja por eso de tener más presunción que un autor verdadero.»

Como en *El Diablo Cojuelo* predomina la sátira, es posible que esas líneas estén consagradas á una determinada persona, aunque fueron varias las que incurrieron en vicio tan feo...

Del respeto y consideración que mereció Vélez de Guevara á sus compañeros de letras, da idea el hecho siguiente:

Con motivo de la venida á España de la Princesa de Carignan, esposa del Príncipe Tomás de Saboya, hubo grandes festejos, entre ellos un certamen literario en el Buen Retiro, á principios de 1638, en el cual certámen tomaron parte casi todos los poetas de fama que había en Madrid. «Presidió Luis Vélez de Guevara, y fueron jueces el Príncipe de Esquilache, don Luis Méndez de Haro, el conde de la Monclova, el notario de Aragón (don Jerónimo de Villanueva), Licenciado Francisco de Rioja, don Francisco Calatayud y don Antonio Hurtado de Mendoza. Fueron secretario Alfonso de Batrés y fiscal don Francisco de Rojas Zorrilla.»

Como se ve lo tuvo todo... menos los recursos necesarios para vivir como merecía con arreglo á sus grandes méritos.

Murió, «de unas calenturas maliciosas y un aprieto de orina», el 10 de Noviembre de 1644.

Luis Vélez de Guevara merece, no una biografía, sino un libro. Que lo escriba quien pueda y quien deba.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

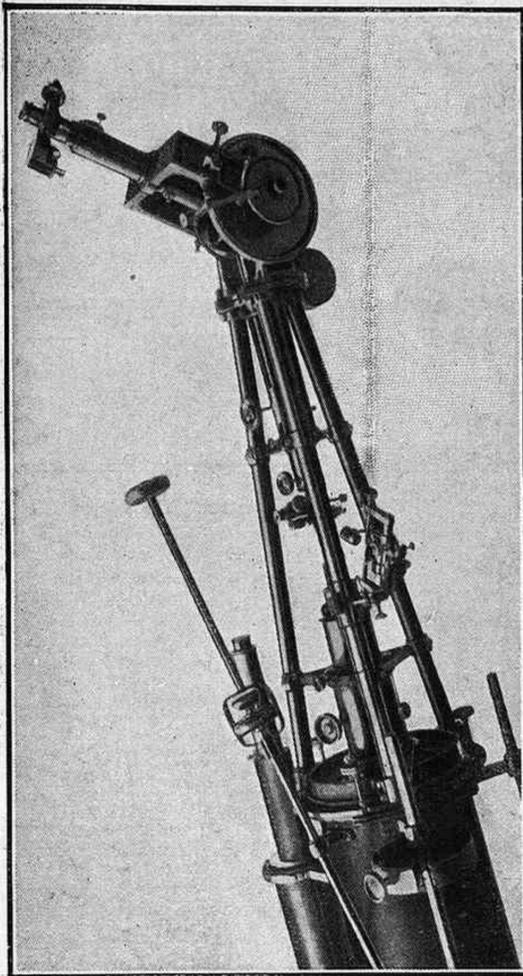
# LA CIENCIA AUXILIAR DE LA GUERRA



BATERÍA ALEMANA DESCUBIERTA DURANTE UNA MARCHA NOCTURNA POR LOS PROYECTORES ELÉCTRICOS DE LAS POSICIONES FRANCESAS QUE IBAN A SER ATACADAS DURANTE LA BATALLA DEL YSER

NOTAS CIENTÍFICAS

VISIÓN DE LO INVISIBLE



Picza que se adapta al ocular del antejo con los prismas en dispersión

ces, producto de la combustión de diversas substancias, aparecen algunas de estas rayas con distinta intensidad, y en diversas posiciones, peculiares para cada cuerpo, cuya ignición produce la fuente luminosa.

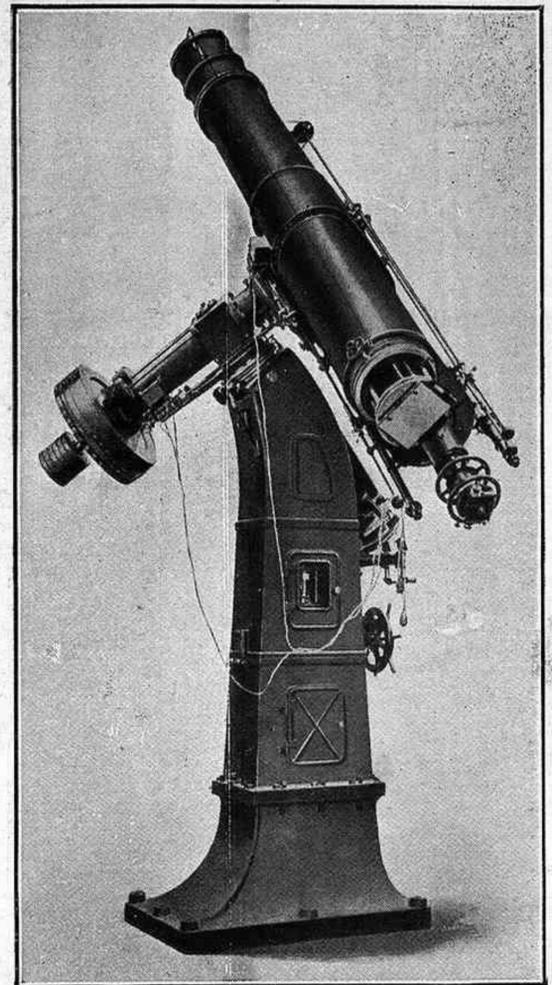
El espectro de la luz (que así se llama á la banda luminosa, ya descompuesta), producida por el hierro incandescente, consta de 450 rayas; de 73 el calcio; 57 el magnesio; 33 níquel, etc. Y todas estas rayas identificadas con las que muestra el espectro de la luz solar, prueban que en el Sol existen los mismos cuerpos que en la Tierra. Y hasta se ha dado el caso de conocer la existencia de uno de ellos, el helio, antes en el espectro solar, que en nuestro mundo.

Salvando los confines del sistema solar, el análisis de la luz de los astros ha indicado á los astrónomos la composición de las más lejanas estrellas; y como éstas, según la época en que se encuentran del ciclo de su existencia, exteriorizan los distintos elementos componentes, han podido clasificarse por edades las estrellas, y seguir la evolución estelar de cuyos variados periodos hay en la infinitud de los cielos muestras abundantes.

Así, lo que no pueden ver retinas humanas aún agrandadas de modo gigantesco por los grandes telescopios y anteojos, lo ha patentizado el análisis espectral. Así se ha podido ver en las rayas espectrales la composición de aquellos cuerpos celestes infinitamente alejados.

Pero todo lo dicho parece cosa de juego, con lo que de ello se originó después. Observóse que en el espectro de luces en movimiento, las dichas rayas cambiaban de posición en el espectro: acercándose al rojo cuando la fuente luminosa se aproximaba al observador, hacia el violeta si se alejaba.

Y entonces se intentó un problema que parecía inabordable. Los cambios de posición de ciertas estrellas, de Sirio y Proción entre ellas, fueron



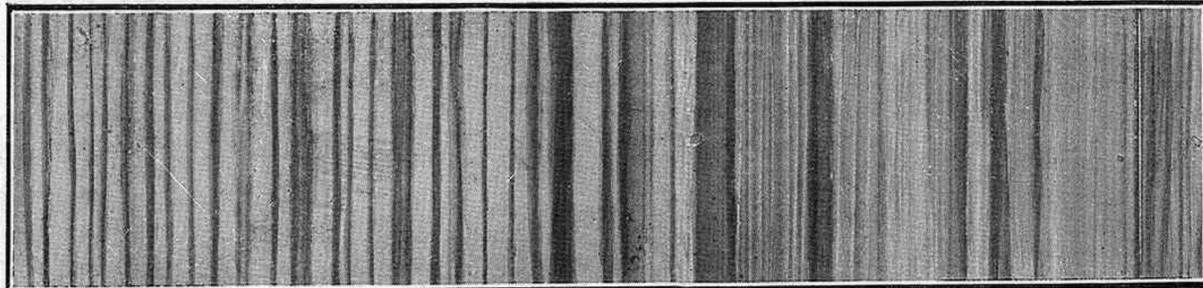
Ecuatorial á la que se pueden adaptar los prismas que descomponen la luz

PARA los antiguos, el tembloroso rayo de luz que desde un astro llegaba á la retina del observador, directamente primero, á través de los anteojos después, no indicaba más que la posición variable en el cielo de la fuente luminosa. De las apariciones luminosas

de estas variaciones de posición se dedujeron los movimientos verdaderos de los astros relativamente próximos, y se columbró lo que en regiones más apartadas podría suceder.

Desde que en 1815 el óptico bávaro, Fraunhofer, descompuso, por medio de un prisma (cristal de cosas no paralelas), la luz solar, el rayo que desde los astros llega á la retina del observador, cuenta muchas más cosas, y le muestra hasta lo invisible, justificando la aparente anomalía que sirve de epígrafe á estas líneas.

Si se descompone la luz del Sol, después de atravesar estrecha rendija que limite el haz luminoso, aparecen sobre la banda, coloreada con los siete colores, unas rayas negras que cruzan aquella: son las rayas llamadas de Fraunhofer. Si frente á la misma rendija colocamos otras lu-



Banda de la luz solar descompuesta

atribuidas por el astrónomo Bessel á atracciones de otras estrellas, que relativamente próximas á las dichas, aparecían confundidas con las mismas sin que los progresos de la óptica consiguiera desdoblarlas en los más potentes anteojos.

Bessel, como Le Verrier con Neptuno, calculó la masa de las supuestas estrellas invisibles por las perturbaciones que ocasionaban en las mostradas por los anteojos.

Y esas desviaciones de las rayas de Fraunhofer han venido á hacer visible con los ojos de la inteligencia lo que no podía mostrarse perceptible para el sentido de la vista en aquella época, puesto que la estrella compañera de Sirio era de décima magnitud: es decir, muy pequeña.

A Neptuno pudo vérselo antes que lo descu-

briera por el cálculo Le Verrier, como lo vió Adams con su antejo un año después: la estrella de Bessel tardó diez y ocho años después de predicha su existencia, en mostrarse en el campo de los anteojos, entonces ya de mayor poder de penetración.

Mas todavía se da y se resuelve otro caso más notable que el de Bessel, donde las dos estrellas son luminosas: la principal y la secundaria. Cuando una ú otra son oscuras é invisibles por lo tanto, la comparación del aspecto de la luminosa, acusa en sus variaciones las irregularidades de la visible, que así delata la existencia de la invisible por las perturbaciones que produce.

Hasta estrellas ya muertas, frías, que no lucirán jamás, pero que perturban los movimientos de las que lucen, delatan su existencia al ser analizado el espectro de las luminosas, y para nosotros adquiere vida y realidad lo invisible, surgiendo al conjuro de las rayas de Fraunhofer.

RIGEL

**ESPAÑA ANTE LA GUERRA**

por DIONISIO PÉREZ

Un tomo de más de 200 páginas, en el que se incluyen los artículos publicados en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", por nuestro ilustre colaborador

PRECIO **2,50** PESETAS

Nuestros lectores y corresponsales pueden dirigir sus pedidos á la Administración de «Prensa Gráfica», Hermosilla, núm. 57